

BUSCANDO A TETÉ



AURA

Septiembre 2013

PRESENTACIÓN DE LA BIOGRAFÍA PERSONAL

La estructura de este trabajo autobiográfico no es casual, ni totalmente definido desde su inicio; es el producto de una relatoría de consultorio, durante las sesiones con la psicóloga Beatriz Flores, que al saber que escribía empezó a dejarme como tarea redactar fragmentos de mi vida para resolver problemas.

De mi parte, hay un gran interés por escribir cuento, género al que más le he dedicado tiempo, así que me di a la tarea de hacer cuentos a la familia a los amigos y compañeros de trabajo, en algunas ocasiones producto de largas esperas entre un tiempo y otro.

“Eva”, es el cuento detonante con el que inicio este trabajo. Se fraguó durante las horas que permanecí en el Hospital Militar, al pie de la cama donde mi madre Aurora Ramos Martínez, fue atendida por un infarto cerebral que sufrió en 1998. Ese día inicié mi “vía cruce”, ya que ambas enfermamos, primero ella, luego yo. Vi su lucha por la esperanza de vida, no fui inteligente y en mi desesperación de que ella se recuperara al cien por ciento, yo desequilibré mi tiroides así que ambas luchamos; yo entre las consultas de ella y las mías propia, aunado al estrés acumulado que me ocasionó este desenlace.

La tercera parte de este relato de vida, fue en Taller de Autobiografía Personal que se llevó a cabo en la Biblioteca José Vasconcelos en el año 2012, bajo la dirección de Charlotte Carranza, fue importante porque le di orden y secuencia a este trabajo autobiográfico.

Los cuentos marcan la cronología de la historia que inicia poco después de salir mi madre del hospital y termina con el nuevo proyecto de vida después de pensionada con un enfoque diferente a partir de ella.

*A mi madre
hermanos, familiares
y amigos por entregarme
fragmentos de su vida
para la realización de este proyecto
de vida*

Mi agradecimiento a las autoridades de la Biblioteca José Vasconcelos, por la oportunidad para desarrollar proyectos de vida como la Biografía Personal, que son proyectos útiles para la realización del individuo en general y en particular para personas mayores con deseos de dejar una huella de identidad.

Sincera felicitación a la maestra Charlotte Carranza por su profesionalismo para dirigir este taller, ser acertada, cuidadosa de los sentimientos y emociones que despiertan este tipo de trabajos, además de dulce en su trato, igual por su forma de leer tan recreativa, fue una delicia escucharla. Sin su apoyo difícilmente hubiéramos realizado nuestro proyecto de biografía personal.

Gracias

EVA

A mi madre Aurora

Tu cuerpo reposa plácidamente sobre la sábana blanca, donde el sueño atrapó tus pensamientos de mujer.

Precisamente, sobre esa sábana blanca dejaste tu inocencia un día, Eva niña, para convertirte en mujer cuando tu cuerpo fue tomado por sorpresa. Supiste del paraíso y de la manzana prohibida, hasta estar consciente de que sobre esa sábana blanca se moldeaba tu cuerpo en hermosas redondeces de mujer sensual; entonces tus senos pequeños derramaron la miel con la que amamantaste los frutos de tu vientre, Eva.

Cierto, viviste para ti, pero también para ellos que te dieron satisfacciones, aunque también angustias y sinsabores, pero tu esperanza siempre estuvo alerta al alba de la aurora.

Esta noche sobre la sábana blanca, te sabes acompañada únicamente de tus pensamientos y de tus ilusiones; estás consciente que tienes que poner la esperanza una vez más como bandera, para recuperar la fuerza vital de la que te has valido siempre, pues no quieres que esos pensamientos e ilusiones se escapen nuevamente de tu mente, de tu vida, porque aquí y ahora sabes, sientes presentes el dolor de tus fuerzas disminuidas Eva niña, Eva mujer en el amanecer, en el ocaso, en el... Aurora.

*Cada momento es un vivir,
un instante aprovechable
del gran elixir de la vida
y de la muerte también.*

Esta historia inicia el domingo 25 de junio del 2000, cierre de campaña de la tan odiada izquierda por las autoridades del gobierno en turno, se escuchaban las trompetas y silbatos como si fuera el 15 de septiembre. La gente iba y venía. En mi una parte gozaba, la otra permanecía triste. Me dije: Aurora, alguna vez estuvo de fiesta, vivió mañanas y atardeceres serenos, otros borrascosos. Sintió la lluvia caer sobre su rostro, la felicidad y la tristeza transportada por el viento.

Ahora descansa su cabeza sobre un sillón reposit, desde ahí mira a través de la ventana nuestro pequeño jardín. Sus ojos negros, pequeños, alargadillos miran en forma gozosa, su nariz pequeña con un lunar en la punta aspira el aroma del *huele de noche*, aún su boca mediana de labios llenitos abre su paladar buscando los placeres de la comida. Observa a los transeúntes, a los niños de la mano de sus madres. Sobre todo a los niños que tanto le gustan, serena ve transcurrir la mañana hasta el crepúsculo; los días de luna, las estrellas en el firmamento. Su única preocupación: mis ojos.

Pienso en ti cuando vislumbro un grabado juchiteco, la indígena sobre el camino infinito, lleno de agaves espinosos, tierra, agua, una cortina de árboles verdes con troncos y raíces aferradas a la tierra.

No sé porque asocio este cuadro contigo, ya que tú siempre te has empeñado en decir que los juchis no te gustan por infinidad de razones, porque tú eres del meritito centro, a dos cuadritas del zócalo de la ciudad de Oaxaca, tu tierra natal. Siempre lo dices así cuando recuerdas tus días de catequista en la iglesia de la Soledad. Será porque tío Ramón, hizo su internado allá y contaba historias que nos hacían reír.

Volviendo a ti, me digo: Aurora también anduvo el camino, estuvo de fiesta, transitó la tarde fresca. Hoy Aurora duerme, descansa frente a la ventana, adivina el viento como una flauta mágica acompañada por las ramas del aguacate y de los otros árboles con sus hojas verdes en una danza cadenciosa interminable. Es más, así me lo hiciste saber aquella tarde en que estábamos solas las dos.

Yo era una niña solitaria, aún con la llegada de mis hermanas cada época de vacaciones, después de su arribo de la ciudad de Oaxaca donde pasaron sus primeros años después de la separación de mi madre con el padre de ellos. Llegamos a vivir en la colonia San Rafael, un edificio frente al Cine Opera, contaba mi madre. Después fuimos a vivir más lejos, a un departamento por la avenida Ticomán, con un ventanal amplio en un primer piso.

Detrás del ventanal nos parábamos las tres a mirar la calle para esperar el retorno de nuestra madre después de ir a entregar su costura y verla correr con el mandado en mano y una bolsa de trabajo en la otra. Al frente se paraba un hombre joven creo, de gabardina beige enfermo quizá, nos veía solas o espiaba a mi madre cada vez que salía, y esto era mostrar sus genitales, a la fecha lo recordamos las tres. Aunque yo sólo lo evoco abriéndose la gabardina, no creo haberme fijado en nada más. Nuestro interés estaba puesto en el retorno de nuestra madre, a la vez que veíamos a la gente transitar por la calle.

La luz del sol se filtra a través del balcón con marco de madera y puerta del mismo material del primer piso, color oscuro que da a la calle de Mérida 109, esquina con Álvaro Obregón en la colonia Roma.

Innumerables veces he pasado por este lugar, sin detenerme, como si tuviera miedo de recordar, sin embargo nada ahí fue malo pues la escena de mis recuerdos es invaluable.

Hoy 24 de julio de 2012, fui expresamente a observar con detenimiento la fachada, miré por una puerta semiabierta. Gracias a Dios, nadie afuera interrumpió mis pensamientos e intenté imaginar el piso de mis recuerdos, seguramente de duela de madera donde gateé por primera vez. Un aleteo de mariposa sentí en el estómago, lágrimas en los ojos.

Recuerdo como escena de película en blanco y negro: unas grandes manos blancas de dedos alargados abiertas en abanico que sostienen mi pequeño cuerpo en vilo, cuando aún no daba los primeros pasos. Es cierto, porque mi recuerdo se hizo vivo con los comentarios de mi madre.

Armando Mas, suegro de Víctor Fuenlabrada, sastre y patrón de mi madre. Un hombre alto, corpulento, fuerte. Llegaba diariamente a levantarme del piso. Enojado porque Víctor me amarraba a la pata de su mesa de sastre para que no metiera las manos en la rueda de la máquina con la que cosía mi madre.

Decía ella, que Armando Mas exclamaba frunciendo el ceño: “cómo amarran a esta creatura, no es animal”. Me desataba, levantaba del piso, alto muy alto como si volara entre sus grandes manos, cargada me llevaba entre sus brazos al parque, aunque no sé exactamente a qué parque, seguramente al camellón de la avenida Álvaro Obregón o al parque ubicado en las calles de Morelia a dos o tres cuadras de ahí. Esto me hace pensar que desde pequeña fui inquieta. Lo cierto es que me agrada saber que: rueda que rueda, la rueda que rueda, despertó en mí la curiosidad.

El silencio de Pablo, no es el título original del cuento escrito para mi padre, es el título que hoy le pondría a ese cuento de asesinato, injusticia y muerte del personaje; pero todo lo que se refiere a él se extravió en el espacio, en el tiempo y en el silencio.

Observé por primera vez la fotografía de Pablo Vázquez cuando tenía dieciséis años, cuando María Luisa Fuenlabrada, me entregó aquellas fotografías de ellos. Lo observé bien: “lástima Margarita...” no tengo ni su boca, ni su nariz, tampoco sus ojos, quizá la mirada, pero sí las cejas tan idénticas que no paré hasta desaparecerlas de mi rostro.

Las fotografías las puse en el buró, cuando mi madre las vio, dijo: “quita eso, por favor”. Las quité sin preguntar por qué. Sin embargo, la curiosidad hacía que las mirara una y otra vez. Cuando llegué a terapia, las saqué, ya ella había muerto. Las enmarqué, las puse en lugar preferencial. Estoy consciente que sin él, no estaría en este mundo, no sería quien soy; también sé de mi inteligencia, sin modestia alguna y se debe a ambos.

Es tan poco lo que sé de Pablo, que he querido asirme de algo. Es hijo de una familia española instalada en el Municipio de Tejupilco, Estado de México, lugar que desconozco pero tengo curiosidad por conocer. Aún hay familia nuestra en el pueblo. Pablo se fue por alguna razón al estado de Oaxaca donde conoció a mi madre que después de separada se vino con él al Distrito Federal. Lo dejó. No sé cómo llegó a casa de Víctor Fuenlabrada, pero lo adivino. Primero creí que el matrimonio Fuenlabrada era conocido del padre de mis hermanos, pero ahora estoy segura era conocido del mío.

María Luisa Fuenlabrada lo debió haber apreciado porque entre otras cosas guardó las fotografías de ellos, además de dar asilo a mi madre, cuando yo aún no nacía. ¡Entonces todas las amistades alrededor de los Fuenlabrada eran amistades de Pablo! El matrimonio Fuenlabrada pertenecía al Grupo de los Juramentados de la Escuela Magnético Espiritual de la Comuna Universal fundada por el maestro Joaquín Trincado en 1911, basada en el estudio de las artes, las ciencias y la filosofía, entre ellos: David Alfaro Siqueiros, otro es uno de sus jefes de taller del Poliforum Siqueiros, de origen cubano. Orlando S. Suárez –muralista, investigador, que dejó como legado a México: *El Inventario*

del Muralismo en México que abarca del Siglo VII antes de C a 1968, editado en 1972 por la UNAM. Pintor al que conocí en 1978 cuando estuve en Cuba. Esta obra monumental está dedicada a los Fuenlabrada. El ejemplar que Orlando regaló al matrimonio pasó a mis manos por mi relación con la pintura mexicana. Además está Teté Moncada a quien yo admiraba por bonita y dulce, y su hermano Raúl -cosa curiosa Raúl es padre de mi compañera de trabajo Xóchitl Moncada, ella en un tiempo perteneció al grupos de escritores Tiran lo Blanc, al que pertenezco-; y muchos otros que sesionaban los domingos, en un edificio de las calles de Palma Norte 402 en el centro histórico de la Ciudad de México, o en las calles de Morelos casi esquina Bucareli, donde asistíamos siendo niñas en compañía de nuestra madre.

Por cierto Xóchitl Argelia Moncada me regaló una fotografía donde está de pie con sus padres y los Fuenlabrada junto a Siqueiros en el Poliforum.

Ya periodista, yo colaboraba en la revista *Arte y Artistas*, y tuve la fortuna de entrevistar a dos de los jefes del taller de Siqueiros: Jorge Flores y Mario Orozco Rivera, además de la directora del Poliforum Rosario Giovannini. Otra oportunidad que se me dio fue entrevistar en su casa de Polanco a Adriana Siqueiros, hija de Siqueiros quien platicó una seria de peripecias con su padre. Todo esto cuando aún no había razonado toda esta telaraña que me involucra.

Pablo seguramente era un hombre de izquierda, pero ya no hay forma de preguntar, ya fallecieron todos. Sí yo tengo razón, Pablo, sus primos Antonio y Fidel viajan a Oaxaca para esconder su relación con el Grupo de los Juramentados; ya que la tía Felisa, prima de mi padre, contaba que él y sus primos se fueron huyendo del pueblo por algo que hicieron, pero no sabía qué.

¿Cómo lo descubrí? Atando cabos. Mi padre cuando llegó con mi madre a la Ciudad de México, se fue a trabajar a un ingenio en Jilotepec en el estado de Morelos. Curiosamente, Víctor Fuenlabrada estuvo en la famosa zafra de los años 70 en Cuba, nunca sabré su relación.

Tengo una hermana Delfina, hija de mi padre, la conocí por Socorro, hija de la tía Felisa prima de mí padre. Un día Delfina vino a vivir a nuestra casa en Viveros de la Loma rumbo a Tlalnepantla, Estado de México.

Delfina como hija única era perezosa, dejaba la ropa sucia regada en el piso, su cama sin tender, su desorden hacía que al llegar yo a la casa, Tere empezara a pelear conmigo como si yo tuviera la culpa, se lo dije, se enojó y se fue de casa. Hoy me gustaría volver a verla.

La que sabe más de la familia es Socorro, hija tía Felisa, prima de mi padre y es la que está más en contacto con todos los de Tejupilco, pero se alejó de nosotros por razones que no vienen al caso.

Cerezona y el abuelo

A mi hermana Tere

Sintió una mano fresca recorrer su frente al tiempo que escuchó la voz del abuelo.

--Cerezona, Cerezona levántate, son las seis de la mañana. Gritaba el abuelo desde el patio y María Teresa brincó de la cama, tomó su vestido de percal amarillo de florecitas que tanto le gustaba, se lo puso de volada, encima el mandil bordado, remendado y ajustado a sus cinco añitos.

Se acercó a la abuela Justina, morena de facciones finas que pálida le sonría desde su cama, para que le amarrara las cintas del vestido y del mandil, le dio un beso.

--María Teresa, no te ensucies.

--No abuela, sólo voy a ayudar a mi abuelo a barrer la calle.

--Dices no, pero luego te vas a la carpintería.

--No, abuela, sólo le ayudo a detener la banda del torno. Él necesita mi ayuda abuela, porque no puede hacerlo solo.

La abuela movió la cabeza de un lado al otro y le sonrió. María Teresa se acercó a darle un beso, mientras su abuela repasaba la frente y su cabecita con cuidado para no lastimar la herida aún fresca del pedrazo que le acomodó su padre. Con precaución levantó los caireles dorados que caían sobre la frente. Le gustaba su nieta de piel blanca, mejillas rosadas, ojos cafés amielados, pequeños pero vivarachos.

María Teresa corrió al lado del abuelo que hoy le tenía un regalo: una escobita que cabía perfecta entre sus manitas blancas.

--Gracias abuelo. Se fue detrás de él a barrer la calle de Matamoros, algo que disfrutaba tanto.

Acompañaba a su abuelo todas las mañanas a comprar el pan para el desayuno. En el puesto dentro del mercado, el abuelo extendía su paliacate rojo, limpio, planchado donde le ponían el pan.

--Abuelo por qué me dices cerezona, si soy María Teresa.

--Porque tienes una cereza en cada mejilla, Cerezona.

--¡Ah!

--Cerezona, tendrás que ir a la escuela, el cinco de diciembre cumplirás seis años y a esa edad dice la abuela los niños van a la escuela.

--Pero abuelo, tengo que cuidar a mi hermanita Tina y a la abuela que está enferma.

--Carajo Cerezona, no necesitas preocuparte por eso, yo ayudo a tu abuela.

--Pero ella está enferma de cáncer. ¿Qué es eso, abuelo?

--¡Carajo, Cerezona!

-- Bueno, ¿hoy te puedo a ayudar en la carpintería?, sí abuelo, quién va a detener la banda de tu torno, sólo yo puedo hacerlo.

--Tu tío Paco, después de trabajar vendrá a ayudarme y tú a la escuela; pero hoy podrás hacer tu comidita en la carpintería como todos los días, ¿quién se va a comer eso, Cerezona? Mmm, aserrín, agua y lodo, ¡vaya comida la de tus muñecas!

Llegar a la ciudad de Oaxaca y no pasar por la calle de Matamoros 28, es una aberración para mí. Antonio el padre de mis hermanos la rentó para iniciar su hogar. Allí nacieron mis cuatro hermanos con la intermediación de la comadróna. Después todo lo que vino. El alcohol consumió a aquel hombre guapo, alto, delgado, de buenas costumbres según mi madre, creo en verdad que nunca lo olvidó. Siempre lo recordaba, vestido con un traje azul marino a rayas, camisa blanca, corbata, sombrero, zapatos negros lustrosos. Este hombre que pedía el desayuno a las ocho de la mañana rodeado por sus hijos, que escuchaba música culta se perdió en los brazos del alcohol.

Un día Antonio, llegó muy borracho, violento con una enfermedad venérea, y mi madre se negó a tener relaciones con él. Golpeó a mi hermana Tere, la descalabró. Quemó el colchón de la cama, mi madre asustada se refugió con mis cuatro hermanos en casa de la tía Concha y el abuelo. En compañía de Pablo, vino a la Ciudad de México.

Cuándo y cómo se relacionó mi madre con Pablo, primo de su esposo, lo desconozco. Solo intuyo que no soy producto del amor, sino de la desesperación de una mujer provinciana. No sé mucho de mi padre, siempre respeté el silencio de ella, casi al final de su vida sólo pregunté si mi padre también había tomado y por eso la separación. Dijo que sí, con un movimiento de cabeza.

Por causas del destino la tía Concha, hermana de ella, compró la casa de Matamoros 28. Le iba muy bien trabajando en la representación de la Cervecería Moctezuma, cerveza que se distribuía por todo el estado. Así que siempre tendré presente esa casa señorial de cantera gris.

Un gran portón de madera rústica pesada, quizá muchas veces reparada por las manos de mi abuelo, carpintero de “los de antes”. A los lados de la entrada dos balcones bordeados por una reja sencilla de hierro forjado negro. Más adelante la casa tuvo una pequeña división, mi abuelo heredó una parte al tío Paco, el más chico de la familia. Tengo dos fotografías de él, una de conscripto, otra al lado de la abuela Justina y la tía Concha. A la abuela nunca la conocí pues murió de cáncer.

¡Oh!, qué gran persona era el tío Paco, amable, de buen carácter quizá igual al de mi madre, cariñoso, trabajador. Por la mañana laboraba en el Correo Central, cerca de la Alameda, por la tarde ayudaba al abuelo en la carpintería. A la tía Concha la recuerdo siempre bien vestida con un traje gris perla y blusa blanca impecable, muy parecida a mi madre.

El abuelo se caracterizó por ser un gran tornero, al que llamaron varios sacerdotes para reparar los altares y portones de las iglesias, esto me enorgullece porque sus manos dejaron una huella que sólo conoce la familia. Yo poseo un pequeño baúl de madera de cedro con las iniciales AR de Aurora Ramos que hizo el abuelo. Me lo regaló el tío Paco en unas vacaciones.

Regresando al patio de la casa de Matamoros 28. Al frente de la entrada una fuente, todo en esa casa, paredes, patio y fuente de cantera verde-agrisada, con muchas plantas, sobre todo helechos y otras con flores rojo encendido que las llaman conchas. Frente a la fuente, a un lado una gran pieza donde estaba la cocina y el comedor, al lado la carpintería, otra pieza inmensa con un techo muy alto y una reja de hierro forjado igual a la de los balcones, donde el abuelo trabajaba la madera. No sé bien a bien cual olor era más fuerte aquel día, si el olor del mole negro que movía y removía la tía Conchita, hermana de mi madre, turnándose con la tía Maura esposa de Paco, o el olor de la cola (una brea o goma obtenida de algunos árboles, que sirve para pegar la madera).

A mi abuelo lo recuerdo acucillado al lado de una lamparita de petróleo, sobre ella un recipiente pequeño donde diluía la cola que removía con un palito. Este pegamento es de color café viscoso transparente expide un olor especial muy fuerte. Se mueve hasta que toma la consistencia deseada para unir la madera. Los dos olores se pierden en el recuerdo pero no así la imagen de mi abuelo.

El abuelo Panchito, así lo conocía la gente, era una persona muy querida por todos, sencillo, humilde, cariñoso como mi propia madre. El abuelo hacía años que había enviudado, pero no era un hombre amargado, todo lo contrario. Por la tarde caminaba hasta la Alameda, se sentaba en alguna banca, a mirar pasar a las personas, esa era su distracción tarde tras tarde.

Volviendo a la casa de Matamoros 28, el baño estaba como en todas las casas solariegas, en una esquina de aquel patio, entre aquel chorro de habitaciones que lo rodeaban.

La imagen del abuelo es linda: calvo, fino de facciones, ojos pequeños como los de mi madre. Todos los días a las seis mañana, barría la calle, quitaba los restos de las hojas muertas. Me recuerdo, subiendo por una escalera de madera hasta la azotea para observarlo. Igual miraba los techos de las casas coloniales del centro de la ciudad de Oaxaca entre olores percibidos y recuerdos idos.

Ruum, ruum, ruum, es el sonido del motor de la máquina de coser que por las noches arrullaba mi sueño de niña. A veces abría los ojos, veía la silueta de mi madre inclinada sobre la máquina, apenas alumbrada por un foquito de la lámpara que permanecía encendida hasta entrada la noche, cerraba los ojos y volvía a dormir hasta el amanecer.

No sé a qué hora se levantaba, ni cuánto duraba su sueño, porque al despertar, preparaba todas las mañanas avena con leche y plátano morado para el desayuno, no sé por qué no la odiamos, será que la hacía tan sabrosa. La plancha lista para desarrugar las filipinas que Víctor Fuenlabrada, diariamente pasaba a recoger, exactamente a las siete treinta de la mañana. Él y María Luisa su esposa, le pidieron mi adopción pero ella se negó. Entonces desconozco si Víctor llegaba a esa hora a recoger su trabajo y aprovechaba para llevarme a la escuela por afecto a mí o sólo era coincidencia; pero diariamente le evitaba a mi madre caminar diez cuadras de ida y vuelta para llevarme desde Agustín Melgar hasta la Plaza Miravalle, hoy Plaza España en la colonia Roma, hasta la primaria Manuel López Cotilla. El regreso yo lo hacía a pie por las calles de Durango, diez cuadras exactamente desde tercero de primaria, hasta el término.

Nuestras habitaciones eran el mejor lugar de Agustín Melgar 44, tres cuartos y toda la azotea con sus dos terrazas llenas de plantas como sala, nada mejor para correr y bailar desde los cuatro años de edad, hasta los dieciséis cuando soñaba con príncipes y princesas al amparo de las estrellas, alumbrada por la luna en sus cuatro estancias, pues desde una de las terrazas se aprecia el Castillo de Chapultepec hasta la fecha.

Fui al Jardín de Niños Cuauhtémoc, en la calle Cozumel, esquina Durango, luego a la primaria Manuel López Cotilla, escuela para niñas, de ahí a la ETIC Número 3 “Celia Barcarsel” para estudiar secundaria y comercio a la vez, escuela para señoritas, esto me trajo problemas para relacionarme con el género masculino. Me torné insegura con el sexo opuesto.

Jesús el mayor de mis hermanos, se quedó bajo el resguardo del abuelo en la ciudad de Oaxaca, a la separación del matrimonio, Antonio el segundo hermano eligió irse con su padre, hasta la muerte de éste. Ya hecho un hombre

regresó a la ciudad de Oaxaca. Se encontraba resentido, enfermo. Mis hermanas Tere y Tina se vinieron con nosotras, mi madre consiguió una beca para las dos y por cuestiones económicas las llevaron al Internado “Beatriz Hernández”, en la ciudad de Guadalajara, Jalisco. De momento me quedé a su lado, porque aún era muy pequeña; el tiempo pasó y permanecí a su lado, cosa que fue un problema para mi hermana Tere, no lo perdonaba.

Las manos de mi madre, eran de ángel, no sólo por finas y sedosas, también para la cocina y la alta costura. Igual para acariciarnos. De su boca salían besos de pajarito como ella los llamaba. Nunca sabré cómo se daba tiempo para eso de las caricias con las que atosigaba a todos. Besos heredados a su bisnieto Aron, hijo de Adriana, apenas hace unos meses lo descubrí.

Nos vestía a las tres iguales, aunque me tocaban dos, el mío y al poco tiempo el de mi hermana Tina, zurcido, remendado varias veces, pues de tanto jugar canicas los rompía arriba de las rodillas.

Las manos de modista moldeaban los vestidos sobre los cuerpos de sus clientas: “Aurorita, hágame un vestido bien pirata”, o sea bien pegado y escotado, pero en las manos de ella, moldeaban los cuerpos de sirena y Tere Elizarrarás, tenía el de María Victoria con todo y el cabello oscuro ondulado.

En la cocina era maga, hacía alcanzar el gasto, hubo platillos que los probamos una sola vez en la vida; cuando pedíamos que los repitiera no se acordaba e inventaba otros con otro sabor. Los dulces de frutas eran mis favoritos sobre todo el de ciruela roja. El sabor es agridulce, delicioso, tan delicioso que una vez que llegaba de la escuela, lo estaba cocinando, tomé la cuchara de palo con la que lo removía y la estampé en la lengua, no podía ni gritar por la quemada, ella reía: “para qué andas probando de la estufa”, dijo. A pesar de la quemada, nunca perdí el gusto por el dulce de ciruela.

¡Ay...! Pero los besos de pajarito molestaban a todos, digo a todos porque a la llegada de mis hermanos también los sufrieron. Tomaba nuestros rostros entre sus manos fuertemente, esto era estamparlos en las mejillas. Besos tronados, empalagosos. Huíamos de ella, aunque hoy los añoramos

irremediablemente, así como añoramos su mole negro, los chilaquiles, el arroz de leche; yo personalmente extraño los modelos exclusivos con los que me vestí por largo tiempo. Los presumía en el trabajo. Confeccionaba vestido y ensamble al estilo Jackie Onassis, o interpretaba mis diseños.

En ese edificio, en el departamento nueve vivía un matrimonio, ella se llamaba Anita, él no lo recuerdo, pero era maestro de música, cantaba en el coro de Bellas Artes al lado del maestro Sandi. Frecuentemente le daban boletos para la ópera y se los regalaba a mi madre. Me llevaba los domingos a las matinés para escucharlos. No recuerdo haber asistido con mis hermanas, pero hace poco, Tere hizo alusión a esas matinés y a su relación con el maestro con el que tomó clases de vocalización. ¡Guauuu, aún vocaliza hermoso!

Recuerdo haber escuchado la interpretación del Pájaro Azul, Hansel y Gretel. Fui con un vestido azul con rayas blancas, confeccionado con la tela que quedó de la ropa que hizo para las afanadoras de un hospital. Siempre traía calcetines blancos y zapatos del mismo color limpios. Creo de estas matinés obtuve el gusto por la música culta.

Lupita, mi vecina manifestó hace días: “¡cómo me gustaba verte salir por las mañanas a trabajar! Yo decía, qué bonito viste esa muchacha. Salías tan arreglada.” Sonreí, me quedé pensando: “eran las manos de mi madre”.

Recuerdo un vestido rojo tipo camisero de lana que le hizo a Tere, se veía como modelo, es una mujer que mide un metro con sesenta y cinco centímetros, esbelta, blanca, rostro perfilado cabello claro chino ¿una preciosidad! Y uno amarillo de dos piezas para mi hermana Tina, que como morena se veía hermosa con su pelo negro corto y su rostro de facciones finas iguales a las de la abuela Justina.

Al iniciar esta historia platico que, después de un pequeño recorrido por las viviendas del Distrito Federal, llegamos a Agustín Melgar 44, a casa de la familia Coutiño, muy significativa en nuestras vidas. Amelita viuda y sus hijos: Raúl, Miguel y Angelina; trabajaban en el Sindicato de los Ferrocarriles Nacionales, Josefa, Anita, David y Chucho hijo adoptivo ellos en distinto trabajos, aunque David; todos originarios de Tuxtla, Gutiérrez Chiapas.

De la cocina de Amelita, recuerdo sus deliciosos muéganos, hacía las almohaditas con harina y las envolvía con las hojas de tomate verde ya cocidas las enmieladas con dulce de piloncillo, las unía en una bola. A David lo evoco amable, generoso, aventurero, platicaba muchas historias de la Selva Lancandona la que conocía muy bien. Me regaló una carita maya tallada en una piedra morada con transparencias, muy hermosa, aún la cuelgo orgullosa en mi cuello y una cuenta de jade verde igualmente con transparencias.

El edificio aún existe, es de tres pisos, tres escaleras que se comunican en la azotea, tres patios, cuartos de servicio alrededor de la azotea, con sus jaulas para tender la ropa y dos terrazas, por una de ellas se yergue el Castillo de Chapultepec. La estructura del edificio se ubica a finales del Art Déco. Donde coincidimos las tres que fuimos felices aún con nuestras carencias, pues los vecinos se llevaban bien, había respeto, además de una amistad cariñosa.

Este edificio se encuentra a dos cuadras de Chapultepec, lugar de juegos de Lucía y mía, acompañadas por la nana Lupe, una dama de cuerpo llenito, cadera ancha, cara redonda de aspecto serio pero amable, cabello entrecano trenzado en un chongo atrás de la nuca, dejando su frente despejada, siempre con su mandil impecablemente limpio. De una mano Lucía, de la otra yo.

Nuestra infancia corría libremente entre tareas hechas y juegos, a veces más juegos que tareas. Aunque yo tenía una más, bastante desagradable por cierto para una niña: lavar los trastes y levantar la cocina. Después podía ir con la nana a Chapultepec que pacientemente esperaba siempre por mí.

En las tardes corríamos cual mariposas abarcando el escenario de Ángela Peralta, para dramatizar la vida de príncipes y princesas, de los cuentos de Enrique Alonso: mientras la nana Lupe tejía punto tras punto hermosas carpetas blancas.

En la azotea teníamos de vecina a Luisita una dama mayor, era una mujer, alta, esbelta, vestida de percal negro con dibujos blancos pequeños, largo al tobillo, que la hacía verse digna y elegante. Era una mujer religiosa, salía con su misal y su rosario todas las mañanas rumbo a la iglesia de San Fernando. Por las noches hacía chocolate de agua en una estufa de petróleo e invitaba a los niños del edificio a tomar una taza de chocolate de agua muy espumoso, sentados a su alrededor narraba historias de la vida de los santos y las santas.

Para las posadas, los jóvenes se unían para elaborar piñatas cosa de grandes cuando lo chicos metíamos las manos en el engrudo. Diario se cantaba la posada, se paseaban los peregrinos, las velitas, las luces de bengala, después a romper la piñata y repartir la colación. Venían los juegos: el cinturón escondido, la roña, las cebollitas, etcétera, etcétera. Los chicos jugábamos a los indios y vaqueros, por supuesto Lucía y yo las indias, los niños, los vaqueros.

Al inicio de clases, mi madre me encargaba con un matrimonio amigo María Luisa y Pepe, no tenían hijos, él me decía “la japona”, por mi cabello lacio negro y corto a la mejilla. Ella se iba a dejar a mis hermanas al internado Beatriz Hernández en Guadalajara, Jalisco. Viajaba en tren con pases que le regalaba Raúl Coutiño que trabajaba en los ferrocarriles, igual que sus hermanos Angelina y Miguel que fueron detenidos por el problema que hubo entre el Sindicato y la empresa, en la época de Vallejo, líder sindical de los ferrocarrileros.

El regreso de vacaciones de mis hermanas era para mí una fiesta, platicaban sus aventuras con otras niñas, sobre todo Tere cantaba canciones: la mar estaba salada, le mere estebe selere... o

Estaba la muerte undividivi
sentada en su escritobodobodo
buscando papel y sobedevede
para escribirle al novodovodo.

Declamaba poesías: “Margarita” de Rubén Darío, decían adivinanzas y reproducía la cocina aprendida en el internado.

Por las tardes, íbamos las tres a la panadería, mientras ellas compraban el pan: un pan dulce para cada quien y un bolillo, era nuestra dieta; yo estiraba la mano hasta alcanzar el pan del mostrador y robaba uno todos los días. Me pregunto si en verdad el dueño no se daba cuenta o si sabía y lo permitía, pues

nunca dijo nada. Tere pasaba su lengua sobre la concha que le correspondía para que nadie se la fuera a comer, entre risas y llantos corría nuestra niñez.

Tere estudió en la Escuela Industrial y Comercial (ETIC 3), ubicada en la calle de Vicente Eguía en Tacubaya, en el turno vespertino. Tres años de comercio, después a trabajar con unas amistades de mi mamá que tenían una línea de transporte, a poco llegó Adriana Margarita, fue la muñeca soñada por mí, de carne y hueso. No olvido que cada día de Reyes, me tocaba una muñeca negra de trapo con su vestido rojo de bolitas blancas; a Lucía, una rubia de ojos azules, con caireles dorados que con el tiempo fue mía, aunque ya algo maltratada. Me encargué de peinarla y devolver sus risos. A las negras después de jugarlas las colgaba en la pared, me olvidaba de ellas. A la llegada de Anis, la cuidaba al regreso de la primaria, la cambiaba de ropa para sacarla a la calle. Me sentaba al lado de su cuna para verla dormir, mientras yo leía las novelas de Corin Tellado de la revista Vanidades que compraba Tere; también jugaba a la enfermera. Entré al grupo de Boy Scouts de América, la llevaba a las juntas y a las excursiones, que se realizaban en una Cabaña que prestaba la esposa del doctor Gustavo Baz, rumbo a San Gerónimo. Anis fue al mismo Jardín de Niños que yo, al Cuauhtémoc en la colonia Roma.

Tina, se fue a vivir con Romelia amiga de nuestra madre que tenía una cocina familiar en su casa. Aprendió a cocinar e iba a la escuela Comercial “ECA” luego a trabajar al Sindicato de los Ferrocarriles con el apoyo de Raúl Coutiño. Entró a la secundaria nocturna, luego a la Preparatoria Uno y después a la Facultad de Medicina, en la UNAM.

Transcurrió mi infancia e ingresé a la misma escuela donde estudió mi hermana Tere, sólo que en el turno matutino: secundaria y comercio por cuatro años. Caminaba con una amiga, desde Vicente Eguía hasta la casa por la avenida Tacubaya, hoy Vasconcelos. Ambas guardábamos los quince centavos del camión para comprar una paleta todos los días. Cuando iba en tercero de la carrera nos cambiamos a las calles de Choapan 44, en la misma colonia. Tere rentó un departamento de dos recámaras, la cocina, una estancia enorme, pues sólo teníamos la televisión, un sillón y la tabla de corte que mi madre mandó hacer y a la vez servía de mesa. El baño era tan amplio con tina y hasta cuarto de servicio en la azotea. Todo un cambio.

Este departamento está aún en el 3er piso, ¡era tan lindo!, desde ahí se ve la avenida Patriotismo esquina Tamaulipas en la colonia Condesa, atrás del cine Lido, después Bella Época, hoy librería Rosario Castellanas. Por las noches nos poníamos pijamas, encima un abrigo, e íbamos a la última función, para llegar y dormir inmediatamente.

Por invitación de Tere, llegó a vivir con nosotras Minerva Rentería, originaria de Sinaloa, una mujer muy atractiva, culta, muy inteligente, cantaba con muy buena voz coplas pícaras como “La chica del 17” que a mí en particular aún me gusta escuchar. Se hacían unas hermosas tertulias de plática y canto. Ella escribía, platicaba su deseo de hacer una novela sobre la vida de su abuela.

Yo la admiraba, la seguí hasta que un día me di cuenta que era manipuladora, conflictiva. Influyó en mi hermana Tere, creándole una serie de conflictos y rencores que ya venía arrastrando desde que mi prima Socorro, se entrometió en nuestras vidas, contando su versión de la vida de mi madre. Sin embargo, reconozco que fue mi inspiración para escribir. Un día escuché a Sidney su esposo, decir: “Minerva, si yo escribir como tú, estaría en otro lugar.” Ella me dijo: “si yo fuera tan tenaz como tú.” Con el tiempo terminó la novela: “*No he de morir porque otro viva*”, misma que yo presenté en la Casa de Cultura de Tepetzotlán, Estado de México, pueblo en el que ella vivía..

¡Qué felicidad! Aún me gusta caminar por estas calles de la Condesa una y otra vez. Recordar que con todo y nuestras carencias fuimos felices.

TINA

A mi hermana...

--Tina, Tina

Tina no responde, está debajo de la cama con un periódico viejo extendido en el suelo, lee y lee, aún le falta terminar de barrer y sacudir el cuarto.

Tina una niña, flaca y larguirucha, morena de facciones finas, de unos diez años de edad, siempre anda vestida con un pantalón de pana guinda y una cachucha sobre la cabeza con una sonrisa amable en el rostro. Su madre odia verla con ese pantalón que nada más lava y Tina se lo vuelve a poner.

Cuando Tina escucha la campana de la basura corre por las bolsas de desperdicios de las vecinas y a la hora de ir por las tortillas toca sus puertas para ver a quien le hace el mandado, por eso siempre trae dinero en el bolsillo.

Cuando tarda sólo hay que asomarse por la azotea para verla jugar a las canicas con chicos mayores y las tortillas por un lado, lo que le ocasiona tunda tras tunda casi a diario.

Como viven a una cuadra del Bosque de Chapultepec, las vecinas se turnan para llevar a los chicos por las tardes después de las tareas a correr y jugar un rato antes de la merienda. Tina se trepa a los árboles o se sube a los columpios, parada se impulsa hasta casi llegar al cielo. Otra veces, camina observando los insectos y las plantas, casi nada le da miedo porque Tina es sumamente curiosa.

Su madre les compra libros de barata en la librería Zaplana y el día de su cumpleaños le trajo "Tenga para que se entretenga", de José Emilio Pacheco. Leyó trepada en un árbol, escondida debajo de las ramas que Jorge, hijo del ingeniero Andrade y de la señora Olga, había hecho amistad con un hombrecillo extraño, con un fuerte olor a humedad, éste pidió permiso a la

señora Olga para ir con el niño a su morada dentro del árbol. La señora Olga vio una cueva abierta por donde se llevó al niño de la mano. Jamás aparecieron. Cerró el libro y se quedó pensando que ella ya había visto aquella cueva debajo de uno de los árboles que están atrás del lago. Sí claro, un viejito con lentes la había llamado pero ella había preferido seguir adelante para treparse en el columpio. Tenía que volver a ese lugar, ella sabía dónde estaba. Ella sería detective de grande y buscaría al niño de la historia, por supuesto tendría que ir sola.

Tina era hábil para escabullirse, era una escapista decían sus hermanos y se alejó en busca del árbol. Pasó el tiempo, las vecinas junto con los chicos estuvieron buscándola toda la tarde. A un lado del árbol encontraron una rosa negra sobre el libro.

--Tina, Tina...

Tina no responde, está debajo de la cama con las hojas extendidas de un periódico viejo y amarillento, lee que te lee.

Jesús, mi hermano mayor, llegó a la Ciudad de México hecho un joven guapo, alto, blanco, delgado, medía un metro con ochenta y dos centímetros, de facciones finas muy parecido a Tere. Lo mandó mi abuelo, porque después de terminar la secundaria se le escapó. Se fue a los pueblos a buscar a su padre; había caído en la casa de un campesino a la edad de quince años, y por poco a esa edad lo casa con su hija.

Cuenta, conmovido, que un día alguien le dijo: “Jesús en el puente de piedra está un señor que pregunta por ti”. Fue y se encontró con el abuelo que lo andaba buscando durante largo tiempo. Se regresó con él a Oaxaca, después él y la tía Concha lo mandaron a la ciudad.

En espera de entrar al Colegio Militar, estuvo desocupado algunos meses. Por ese entonces nuestra madre, trabajaba en una fábrica de ropa. Yo me sentaba en uno de los banquitos de concreto que detienen el tubo del agua potable que alimenta al edificio. Sentada esperaba su regreso. Jesús calentaba la comida a mi llegada de la escuela, lavaba los trastes. También me cuidaba cuando las amígdalas se inflamaban pues era mi talón de Aquiles.

Pepillo era un joven que se hizo muy amigo de Jesús. Vivía frente al edificio con su tía que siempre traía un changuito sobre el hombro. Pepillo también era muy amigo de Tina, con él jugaba a las canicas, ella era tan hábil que siempre les ganaba a los grandotes.

Un día caminaba yo por las calles de Tacuba, en el centro de la ciudad, un hombre me tapó el paso, no lo reconocí, él sí, era Pepillo, lo primero que dijo: “Teté, ¿tu hermana aún juega a las canicas?”, sonreí y respondí: “No, ahora es una doctora muy seria”.

Chucho como le decimos tenía una novia, Martha, que había vivido en nuestro edificio, se cambió con su familia al Multifamiliar Juárez. Martha tenía varios hermanitos, los domingos iba a verla, me llevaba para que jugara con ellos. Era un departamento muy amplio como casita dúplex, planta y primer piso. Por las tardes, yo me dormía en el camión, él me subía a sus hombros y cargada me regresaba a casa. Esto hizo que lo quisiera mucho.

Cuando era cadete de la Escuela Militar de Transmisiones y desfilaba cada año para el 16 de Septiembre, yo apresuraba a mi mamá para ir a las calles de Reforma a esperar en primera fila a que pasara, luego que lo veía gritaba:

“ahí viene mi hermanito: Chucho, Chuchooo”. Él nunca me dijo si me había escuchado alguna vez concentrado como iba con el paso marcial del escuadrón. Es que vestido de militar o de cadete con su espada al cinto, se veía tan pero tan guapo. Los niños del edificio lo admiraban y como siempre ha sido niño, lo seguían a todos lados.

Lo único que no le perdonaba es que me dijera: “pelusa”. Lloraba y contestaba: “no soy pelusa, no estoy debajo de la cama”, seguía y seguía diciéndome “pelusa”.

Mi hermanito se casó muy joven, con una dama muy guapa, hija de un general, esto hacía que fuera odiosa, creída, una mujer déspota y desagradable. Lástima, se fueron a vivir a Campeche, a su regreso mi hermano tomaba mucho, hasta que Chela lo corrió, a pesar de todo él siempre ha apoyado a sus hijos hasta la fecha, creo que no se merecía esa mujer, pero fue su elección: Un día Chela llegó y le dijo a mi madre que mi hermano era un pobretón. Boli (a veces así le decimos porque a las Auroras se les dice Bola de cariño), respondió: “cuando fui a pedir tu mano, te dije delante de tus padres que mi hijo no tenía nada, que lo pensaras bien”.

La felicidad de mi madre se vio colmada de alegría con la llegada de mi hermano Antonio. Platicaba que: “una adivina pronosticó que todos sus hijos estarían reunidos”. Vivía con esa ilusión. Antonio llegó con la espada desenvainada, siempre peleaba, sobre todo conmigo, siempre diciendo cosas hirientes, me aplicaba el tormento chino, esto era tomarme por la espalda entre sus piernas, taparme boca y nariz al mismo tiempo con sus manos grandes, fuertes, morenas. No podía moverme, sentía asfixiarme. Él medía uno ochenta, yo pequeña, soy la más baja de todos, la más chica, en ese entonces tenía unos siete años. Era de facciones finas muy parecido a Tina, aunque con gesto adusto.

Quizá tenía razón, no había ido a la escuela, tal vez estaba enojado de que todos nosotros sí. Además lo de su oído andaba muy mal, con una terrible infección por un catarro mal cuidado. Mi tía Concha, hermana de mi madre, lo apoyó económicamente para ser atendido por el mejor otorrinolaringólogo de la época, el doctor Zuckerman en el Sanatorio Durango, en ese momento un sanatorio de médicos militares, muy eficiente. Pero la infección había hecho lo propio, le pusieron un aparato auditivo, pero seguía enojado con la vida.

Toño era un joven muy hábil con las manos e inteligente. Pronto aprendió la sastrería, trabajó con el patrón de mi madre y con Pepe otro sastre amigo y su hijo Romeo, güero ojo azul, no era guapo pero siempre andaba sonriente, se carcajeaba de todo, dedicado al mismo oficio. Trabajaba con ellos, ganaba dinero.

Un día entre sus juegos del tormento chino, me aprisionó con el brazo y con la mano me tapaba boca y nariz, con la otra empezó a bajar mi pantaleta; me salvó la campana, gracias a Dios llegó mi madre. Ella me pidió saliera de la habitación, no sé qué le dijo. Se fue de la casa, y con él la máquina de coser que era del patrón de mi madre, la empeñó, se perdió.

Jesús acababa de entrar al ejército, le compró una nueva de marca Singer, mi madre la cuidaba, sacudía, engrasaba con toda precaución para no manchar las telas, porque decía que era su esposo fiel, hoy ésta permanece conmigo.

Cuando Antonio se fue de casa, entró a estudiar la primaria en una escuela nocturna. La terminó, conoció a Margarita, enfermera, tenía un hijo, Gerardo. Cuando se casaron, Margarita y su hijo fueron bienvenidos a la

familia. Margarita era diferente a Chela esposa de Jesús, noble de sentimientos igual que sus hermanas, buena cocinera. En el molde milagro hacía una rosca de sal como bísquet en rosca, ¡mmm delicioso! Me dio la receta, salió tan duro que no volví a hornear uno.

De Margarita, puedo decir, lo que me dijo una de mis hijastras, el único defecto de Esther es mi papá, el único defecto de Margarita: mi hermano. Aunque no todo fue malo con ellos, pues en Navidad o para las fiestas de mis ocho sobrinos y los cinco de Tere y los otro cinco de Jesús, nos juntábamos en casa de Margarita, para festejar los cumpleaños de los niños. Nos divertíamos mucho pues además estaban los sobrinos de los hijos de las hermanas de Margarita. Ellos vivían en una casona del rumbo de Tacubaya de alguna familia adinerada porque era muy grande aunque deteriorada, con dos pisos y habitaciones de paredes muy altas con techos de viga cubiertos con cielo. La casa era de cantera agrisada parecía casa de brujas, con un alma cálida que era la de Margarita y su hermana “La nina”, tan amables y cariñosas, “la Nina”, me tejió a gancho un capa blanca cruzada que conservo.

Antonio entró a trabajar a Cementos Tolteca, como obrero, una vez más demostró su habilidad manual, llegó a ser jefe del Taller Mecánico, pero también empezó a tomar con los cuates.

Cuando Toño se enteró que me iba a casar, se dejó venir a la casa, en la cocina dijo: “hermana, para qué te casas si ya no sirves para nada”. Lo miré a los ojos, no dije nada, salí de la cocina, no lo invité a la boda. Habló con Rafael nunca supe que le dijo, pero creo nada bueno.

En su cama de hospital, en el Centro Médico, fui a acompañar a mis sobrinos, me dieron un espacio para entrar a terapia intensiva a verlo. Entré, me acerqué a su cama, no pude balbucear nada, no lo toqué, sólo lo miré. No sentí nada, ni siquiera rencor, sólo me sentí fría, ausente, indiferente.

Fui a su entierro, vi el dolor de su familia, yo seguía ausente, sin dolor. Sin embargo, tuve que pagar unas misas, siempre se me aparecía entre la gente, en el metro creía verlo, en la calle, en sueños. Alguien me aconsejó que le pagara las misas.

Apenas hoy que escribo este episodio, por fin, salen lágrimas de mis ojos. Lo curioso de la familia es qué: él murió un 28 de octubre, mi madre un 28 de octubre y Julieta, una de sus hijas murió un 28 de octubre, sea pues.

De colores

A mi sobrina

*Margarita, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar;
yo siento
en el alma una alondra cantar:
tu acento..
Margarita, te voy a contar
un cuento...*

Rubén Darío

-- Abuela, ¿de qué color es el aire?

Preguntó la niña de ojos color de miel y cabello rizado, vestía un pantaloncito rojo confeccionado de tela de rompe-viento que al caminar se frotaba haciendo un sonido monótono. La mujer de edad incierta sostenía con seguridad la mano de la pequeña, mientras ella entre ausente y seria, tenía la vista puesta en la luz roja del semáforo, situado en la esquina de la calle de Cozumel y avenida Durango. De vez en vez pasaba la mirada del semáforo a los autos que circulaban de uno y otro lado del camellón esperando impaciente el siga.

La niña volvió a preguntar:

--Abueeeela, ¿de qué color es el aire?

La mujer de tez morena, cabello negro ondulado de facciones finas, respondió:

--¡He...! ¿Qué...?

--Que, ¿de qué color es el aire?

Ella frunció el ceño, se quedó mirando fijamente la luz del semáforo que seguía parpadeante en amarillo, mientras pensaba en la respuesta que pedía su nieta.

El aire tenía un color dorado aquella mañana cuando una ventisca fuerte del mes de febrero hizo caer sobre su rostro, una hoja de papel aéreo que la dejó ciega en fracción de segundos, momentos después unas manos grandes de dedos alargados le separaban la hoja del rostro, la mirada del hombre era sonriente, con voz grave dijo:

--Perdone usted señorita. El viento arrebató la carta de mi madre, pero... ¿dígame cómo se llama?

Ella lo miró con sorpresa, entonces el aire se transformó en azul y blanco, pues el traje de él era precisamente azul marino de ligeras rayas blancas, camisa blanca y corbata del mismo tono que su traje, los zapatos negros lustrosos y el sombrero del mismo color le tapaba el sol y lo hacía ver más alto.

A la joven las mejillas se le colorearon, porque no supo qué responder, su corazón latió aceleradamente, en el estómago revoloteó el aleteo de las mariposas, de sus labios carnosos salió un tenue susurro: Aurora.

Después el aire tuvo olor a frutas como el mango y la guayaba, a varas de nardo, cuando se encontraban en "El Llano" y caminaban bajo la sombra de los árboles y descubrieron juntos que el aire tenía todos los colores de la primavera.

El aire también podía ser amarillo-naranja cuando el fuego consumía los muebles y el colchón de su hogar en medio del patio cuadrangular de la casa que habitaban.

Supo que el aire podía tener una cortina grisácea al amanecer, cuando el vapor del tren se convertía en una hilera de humo, al trasladarla de su tierra natal a la ciudad de México, y un gris intenso porque no sabía el rumbo que tomaría su vida. Sus ojos se abillantaron al recordar que tuvo que dejar encargados a sus hijos con la familia.

Sí, pensó con un suspiro: el aire puede tener todos los colores del arco iris, alcanzando el negro.

Cuando la luz roja pasaba al verde, la mujer sintió un tirón en el brazo que la devolvió a la realidad, la pequeña insistió:

--No me has dicho...

--Deberías de llamarte "tía preguntas" en vez de Adriana Margarita. Se nos está haciendo tarde para llegar a la escuela, ve y pregúntale a la maestra, ella te sabrá responder.

Independencia

Llegué a vivir a Naranjo 47, por los setenta. Viví el problema de los estudiantes en 1972, me asustó ver tanto granaderos fuera de la ventana, rodeaban varias calles a la redonda de la colonia Santa María la Ribera, desde entonces cada vez que veo granaderos amotinados me da escalofrío.

Junto con Boli (a las Auroras les dicen Bola) rentamos el departamento número uno, de una recámara, estancia, cocina, baño, un pasillo. Allí viví mis primeros sueños de amor, de estudio, desarrollo personal y trabajo. Era chiquito pero muy mono, mi mami hizo las cortinas, compré un nuevo comedor, lo teníamos tan limpio y arreglado que se veía muy acogedor, parecía casita de muñecas.

Conocíamos el edificio porque en el número siete, vivió una familia amiga del grupo, Jesús y Agustina con varias hijas y un hijo. A nuestra llegada ya se habían cambiado a la calle de Ciprés, hoy Torres Bodet. A Boli le agradó cambiarnos aquí porque siempre le gustó el edificio, todo lo tenía cerca. Es una colonia bien comunicada, de mucho movimiento comercial.

Frente a nuestro departamento, en el dos, vivía una familia de Salina Cruz, Oaxaca: Rosita se hizo amiga mía. Cuando su papá le heredó una plaza en PEMEX se regresaron a su tierra natal. Me dejó el departamento. Con anterioridad había intentado rentar uno de dos recámaras, pero no había sido posible, en este caso el Administrador dijo: “creo que ya le toca”.

Me cambié con el apoyo de Maye, hermana de Enrique quien en un tiempo fue mi novio, amablemente me prestó una lavadora de alfombras, el departamento quedó ¡guauuu!, hermoso según yo, al frente un jardín poco más grande que el anterior, que hasta hoy me toca cuidar.

En 1984, se dieron las primeras juntas entre los vecinos y uno de los hijos de la dueña Susana Gómez Pliego, propuso a los 28 inquilinos del edificio ubicado en Naranjo 47, Colonia Santa María la Ribera, Delegación Cuauhtémoc, buscar un crédito a través de FONAPO (Fondo Nacional para la Vivienda Popular), así fue con el apoyo del propio dueño que era amigo del director de dicha institución.

Vino el Sismo de 1985, ya teníamos alguna forma de organización; regresamos a las pláticas, pero como todo, pocos creímos lograrlo y de los 28 quedamos 19, que fueron los que nos organizamos hasta formar la Sociedad Cooperativa Limitada: “El Naranja 47”, constituida mediante acta de fecha catorce de marzo de mil novecientos ochenta y seis, debidamente inscrita en el Registro Cooperativo Nacional, bajo el número cuatro mil seiscientos diecisiete guion C. Teniendo entre sus objetivos obtener en común, por cualquier medio legal los servicios y bienes inmuebles necesarios para satisfacer los servicios de habitación de 19 familias. Yo aparezco como Tesorera.

Hubo una época bonita antes y después de la compra del edificio. Cuando lo adquirimos: hicimos taquizas, posadas. Quise repetir las posadas de Agustín Melgar, propuse hacer piñatas, pero aquí los vecinos no eran personas cooperativas ni amigables. Vinieron, dejaron fruta, ollas, papel pero nunca colaboraron con doña Alis y conmigo, sin embargo salió hermosa la posada. Igual que la misa de Acción de Gracias en la Catedral de la Ciudad de México, cuando nos entregaron el edificio y alguna otra reunión nocturna.

Sin embargo, no todo son albricias, siempre hay negritos en el arroz. Uno de ellos es mi vecina Griselle Margarita Ruiz Ramos del departamento 15, se dio a la tarea de destruir todo el trabajo y hasta hoy no contamos con una administración en pro de pagar lo menos posible. A veces la gente, hablo de hombre o mujer. Piensan que una mujer sola es presa fácil. Mi vecina lo hizo evidente. En diciembre de 2006 después del fallecimiento de Rafael, me pidió fuera su testigo para escriturar en forma gratuita, según ella, el notario le llamó informando que ya no tenía antecedentes de la Cooperativa, sin embargo, mis vecinos del tres acababan de consultarlo por el trámite de su intestado. Yo estaba enterada del movimiento.

Griselle, esperaba mi llegada después del trabajo, tocó mi puerta acompañada por una dama que se hacía pasar por actuario y según su abogado, aunque el cuate parecía más bien un modelo salido de un vodevil: guapísimo, joven, alto, elegante, vestía traje azul marino impecable, camisa blanca con corbata roja, ¡guau! dijo una amiga: “donde firmo”. Él me dijo con voz de convencimiento: “señora, su vecina quiere que sea su testigo como propietaria del departamento 15; lo malo, es que no podemos dejarle los documentos para que los revise, porque la señora señalando a la “dama” que

traía un legajo pegado al pecho, no los puede dejar. Pero firmar aquí señaló un hoja X en blanco. Usted conoce a su vecina y amiga” Silenciosamente volteo a ver a la dama del legajo, se hizo hacia tras escondiendo el rostro entre las sombras, mi vecina temblaba, lo noté en sus manos, repasaba una mano sobre la otra. Sudaba. Era diciembre, siete de la noche, penumbra, no puede mirar los ojos de la dama del legajo, pero supe que era Martha, la encargada del servicio en la casa de Rafael antes de casarnos y que por mal interpretar un comentario de la tía Lupe de Rafael, quiso quedarse con el departamento de Zacatecas, propiedad de él. ¿Cómo llegó con Griselle?, me gustaría saberlo. La situación era apoderarse de tres departamentos intestados, pero con herederos. Al amanecer del 24 de diciembre, forzaron las puertas de dos de ellos en forma idéntica, por el lado opuesto a las cerraduras, ¡increíble, nadie escuchó ruidos! Ni siquiera yo que estoy al lado del departamento 3. Los dejaron listos para tomarlos esa noche.

No fue posible, llamé a uno de los herederos del 3, que vive en Minatitlán, Veracruz, su cuñada trabaja en la PG. Llegó un abogado con policías, revisaron los departamentos abiertos, salieron a hacer unas diligencias, regresaron con más policías con metralletas, ahí quedó el asunto. ¡Ah, jijo! Dice una enojada, ¿por qué cree la gente que una mujer sin marido es tonta o vulnerable? Además Griselle Margarita, siempre quiere sacar raja de cualquier situación. Hoy aunque medio recuperada de una embolia, ha dejado de fastidiar al prójimo.

Mejor hablo de cosas del destino y de la vida: una de estas cosas maravillosas que nos sucedieron a Boli y a mí, fue haber tenido la oportunidad de recibir al tío Esteban, hermano de mi madre con quien lo unía un gran amor fraternal. Él se casó con mi tía María Elena, quien ya murió. Vive en los Ángeles California, en los Estados Unidos a quien recibimos con su familia tanto en Agustín Melgar como aquí en Naranjo, en lo personal me llevó muy bien con sus dos de sus hijas: Elvira y Nena con quien tengo una relación muy, pero muy cercana, de afecto, aunque también está Salvador su único hijo, aunque nuestra relación no es igual. El tío Esteban es un hombre lúcido a sus 96 años. a quien amo y respeto.

Otra de estas coincidencias es el momento en que el dueño me mostró las escrituras del edificio, ¡oh!, sorpresa, no lo podía creer, su familia había sido

dueña del edificio de Agustín Melgar 44, que también lo convirtieron en condominio, ¡vaya! coincidencia de la vida!

La heredera

A mi sobrina

Alma Xóchitl leía en cualquier sitio, si era solitario mejor, no le gustaban los ruidos porque la perturbaban. Encontró una piedra lisa con respaldo. Un cómodo sillón de piedra, pensó. Se sentó con un libro abierto sobre las piernas.

Sus ojos negros, redondos como capulines saltaban de una línea a otra, el cabello negro cortado en melena a la altura de los oídos se removía con el aire como el mismo azabache, tan absorta estaba en la lectura que no tuvo tiempo de mirar nada que no fueran las líneas de letras negras que formaban la historia de su libro de aventuras, hasta que una sombra frente a ella la sobresaltó.

Era una anciana de piel morena, quemada por el sol, las trenzas plateadas la deslumbraron. Vestía una túnica de manta blanca bordada con mazorcas de maíz. La anciana la miró fijamente con aquellos ojos negros penetrantes de mirar extraño y dulce a la vez, sus labios gruesos murmuraron:

--Xóchitlquetzal.

--No, yo me llamo Alma Xóchitl, señora.

Lo dijo muy segura de sí misma.

--Desde hoy eres Xóchitlquetzal. ¿Conoces el significado de este nombre?

--No.

Su melena negra fue de un lado a otro, al tiempo que negaba con la cabeza.

--¿No conoces la historia de nuestro pueblo, Xóchitlquetzal? Es la esposa de Quetzalcóatl y tu nombre quiere decir flor de quetzal

--Sólo tengo diez años señora y me llamo Alma Xóchitl, usted me confunde.

--No, no te confundo. Eres una niña que lee mucho, lo he visto con mis propios ojos.

--Sí pero son aventuras fantásticas.

--La historia de nuestro pueblo también es fantástica. A las niñas de tu edad se les enseñaba nuestra historia, las costumbres de nuestro pueblo, se les preparaba para la vida, Xochitlquetzal. Ya que las mujeres tenemos la obligación de dar vida a hombres fuertes, sanos que defenderán nuestro pueblo y nuestra gente, por lo tanto debemos saber cómo hacer producir la tierra.

--Pero, yo señora... no soy Xochitlquetzal, sino Alma.

--Xochitlquetzal desde hoy es tu nombre. Se dice que un día el maizal se pondrá rojo indio, como está ahora. ¿Lo ves?, señalando con el dedo índice de la mano, la gran extensión de tierra cultivada. Dime Xochitlquetzal, ¿hasta dónde alcanzan a verlo tus ojos?

--Hasta el horizonte, señora. Pero ¿cómo te llamas tú, señora?

--Soy Centeotl, diosa del maíz. Te decía, cuando el maizal se ponga rojo indio y una flor azul añil permanezca en medio, aunque en mis tiempos sólo azul, fue hasta la llegada de los españoles que se le conoció como añil. Como te comenté, cuando en el centro del maizal rojo encendido se encuentre una flor azul sobre la serpiente emplumada será la señal de que ya está aquí la heredera de Xochitlquetzal. Entonces Xochitlquetzal retornará para bien del pueblo, para la prosperidad, esta señal indica que también Quetzalcóatl estará cerca ya.

--¡Una flor azul añil!, no veo ninguna en todo el campo.

--No porque la flor eres tú. Tú estás en el centro, eres nuestra flor azul.

--Bueno sí, mi vestido es azul y mis calcetines también ¡ah! mis zapatos nuevos los escogí yo, la diadema de mi cabello también es azul, pero yo señora estoy sentada en una piedra.

--Mira bien que mansa está la serpiente emplumada, dormida a tu espalda, eso me lo hizo notar hace un momento Quetzalcóatl, la hechicera de los animales.

Señaló con su dedo para que viera bien que sobre tu cabeza volaba el águila y a tu alrededor los pajarillos cantaban alegremente. El señor caracol aprende del libro a tus pies. Esa es la señal de que eres la heredera, eres nuestra flor azul.

Apegadas a mi hermana Tere, nunca dejamos de estar cerca de los niños Moreno, siempre vivos, traviesos, juguetones, festivos, esto es: trajeron risas y alegría a nuestras vidas desde pequeños. Cuando Héctor, mi cuñado, preguntaba a dónde querían ir a pasear. Migue respondía: “a ver las fieras de Chapultepec y a casa de mi abuela”.

Migue era la pasión de mi madre. Realmente era un niño bello, gordito con aros en pies y brazos, grandote, a los nueve meses pesaba doce kilos. Lo cargué hasta la avenida de los Insurgentes, no sé qué iba a hacer, son cinco cuadras de mi casa a la avenida. En la esquina de Amado Nervo e Insurgentes tuve que resbalarlo sobre mi cuerpo para no dejarlo caer. Él dice a carcajada abierta: “no tía, me tiraste al piso”.

Cada año se trasladaban de Chetumal a la Ciudad de México y como yo corría los domingos en Chapultepec, esas inolvidables vacaciones él tenía ocho años, se paraba muy tempranito se vestía, tomaba su pelota, listo para acompañarme. Mientras yo daba dos vueltas al bosque, él se sentaba sobre la pelota a esperar a que abrieran el Zoológico. Terminando las vueltas iba a hacer gimnasia, luego a buscar a Migue. Ese día llegué, a su lado estaba un señor con su hijo más pequeño que Migue, explicándole algo sobre el animal a la vista, entonces alcancé a escuchar a Migue: “eso que dice no es cierto, bla, bla, bla, señaló la placa.” Me dio gusto su seguridad y esperé a que el caballero se fuera para no apenarlo.

Otro domingo, fuimos a Chapultepec: la abuela, Tina, Xo, Zen, Migue y Uli que tenía cinco años. De regreso Migue se peleó con mi hermana Tina por mandona, él por caprichudo. Se adelantó, yo lo vigilaba, no sé en qué momento se escapó de mi vista. Cuando nos dimos cuenta, Migue brillaba por su ausencia. Vuelta tras vuelta de ida y regreso por Paseo de la Reforma. Todos preguntando si no habían visto a un niño güero de pantalón corto, suéter verde y pelota. Nadie dio razón. Me dolían las pantorrillas, decía: “si me canso, ¿cómo lo voy a seguir buscando?” Pensaba qué le pasó al niño y qué le iba a decir a mi hermana. De repente Tina comentó: “voy por el coche a Río Rin, donde vivía, vuelvo para llevar a mamá a que les de desayunar a los chicos. Vuelvo y sigo buscando.”

Me quedé con Xo, seguimos aquí y allá. Regresó mi hermana a informarme que Migue, estaba en la casa. “¡Cómo!”, dije. “Pues no sé, respondió mi hermana, estaba sentado en la banqueta esperándonos.” “Fregado escuincle”, dije. Me fui con ella. Estaba yo tan enojada con él que durante días no le hablé. Una mañana lo vi dormido, me iba al trabajo, me acerqué, le di un beso en la frente. A mi regreso me habló, yo seria. Dijo: “ya háblame tía, en la mañana me diste un beso”. No me iba a pasar nada, me vine derecho, di vuelta en la avenida hasta encontrar el metro, además tía”... Abrió la mano y me enseñó una moneda para hablar por teléfono.

Llegó el día de la partida a casa. Mi cuñado se presentó por ellos, yo guardaba silencio. Y el chismosito de Uli: “Papá, Migue se nos escapó”. ¡Cuas!, no es para ahorcar niños.

A los doce años Migue me llegaba al hombro, daba cada cenada, él se confeccionaba sándwiches al estilo Lorenzo y Pepita, según decía. Se cenaba hasta dos, que quiere decir como seis. Un día me dijo: tía puedo hacerme otro. Migue si te dejo te va a dar indigestión, no lo dejé. Seis meses después llegué a Chetumal a pasar las fiestas navideñas, para entonces yo le llegaba al hombro y le comenté: “¡Ay, Migue!, por eso tenías tanta hambre.”

Cuando tenía doce años, estábamos fuera de casa, me pidió: “tía cárgame”. “¡Qué! Estás loco, tú eres el que debe cargarme a mí.” Hoy mide un metro con noventa y dos centímetros.

El otro, bello el escuincle: moreno de ojos verdes, brillantes, berrinchudito, les decía a sus hermanos: “abusan de mí porque soy el más chiquito”, se la pasaba acusándolos con su papito lindo.

En otras vacaciones cuando Uli, el primer día de clases para entrar a la primaria, Tere lo vestía de blanco: dijo: “Mami, tengo miedo de ir a la escuela”. Supe entonces que a todos nos dan miedo los cambios, los viajes en fin.

Para una Navidad, días antes de nuestra partida a Chetumal, hablamos por teléfono con ellos, Uli comentó: “le pedí a los Reyes una moto”. Mi hermana Tina, que es una buenaza para elegir juguetes se dio a la tarea de buscar la moto. Encontró una de plástico hermosa, hay vamos con ella en el camión hasta Chetumal, mi hermana estaba feliz. Llegamos con ella a cuestras, se la entregamos de parte de Los Reyes Magos, nosotras esperando su reacción, él chiquito, la miró y dijo con voz desencantada: “pero yo la quería grandota”.

Centeotl, la hechicera

A mi sobrina

*Antes de que salga el sol criminal
Vamos a correr por el pastizal,
vamos a mojarnos las piernas, los brazos,
la boca, los pájaros
y a dejar el sueño sobre la maleza
con ojos abiertos como una cabeza.*

Jaime Sabines

Centeotl despertó al sentir sobre su rostro la primera luz del día, hizo a un lado las sábanas estampadas con flores, estiró los brazos sobre la cabeza y con un movimiento se desperezó con energía.

En su rostro se dibujó una sonrisa traviesa, se avivó su mirada. Se sentía descansada. Todo estaba preparado desde la última luna llena del año, y hoy precisamente era el ritual final, aún le esperaban una larga jornada.

De un salto se levantó, empezó a mover rítmicamente cada músculo del cuerpo. Desde la noche anterior había dejado el baño listo, así que con otro salto entró a la regadera, se duchó. Tomó agua hervida con yerbas y flores. Enjuagó el cuerpo restregándolo centímetro a centímetro de la piel como ritual.

Vistió una túnica nueva de manta blanca, dejó el cabello suelto, permitiendo que se enrizará en forma natural. Primero tomó un par de vasos de agua y luego una infusión de hierbas para iniciar su ayuno.

De la alacena sacó una bolsa de manta blanca, la desamarró, extrajo con delicadeza una vasija de arcilla, que ella misma modeló. Estaba decorada con pequeñas hendiduras en forma de medias lunas, estrellas y soles; la puso sobre una jícara muy brillante.

De una bodega sacó unos sacos elaborados con una tela rojiza, que contenían granos y semillas., Se pasó el día seleccionando los mejores; los depositó en las divisiones que había hecho previamente en la base de la vasija; luego puso la jícara en el altar.

Llegada la noche, Centeotl se fue al campo y puso la vasija sobre una piedra circular en lo alto de la montaña, para que la luz de la primera luna llena del nuevo siglo, llenara de energía aquellos granos y semillas con los que se alimentarían los habitantes de la Tierra.

Esa noche a la luz de la luna llena, extendió un petate, se sentó sobre las piernas, sacó una flauta de carrizo y tocó melodías que salían desde el fondo del corazón, en esa posición se la pasó tres días y tres noches seguidas.

Pasado cuarenta días, depositó las semillas en los surcos de las parcelas, en diferentes lugares de la Tierra. Al término de su tarea, Centeotl regresó a su hogar, allá, muy lejos en lo alto de la montaña, esperó la primavera, sentada sobre las piernas, tocó la flauta cada día y cada noche para que el viento hiciera llegar las melodías a la tierra y florecieran los cultivos.

Un día antes del término de la cosecha, cayó una tormenta tan fuerte que se inundaron los campos, el agua arrasó la siembra. En otras ciudades, se pudrieron los sembradíos y se plagaron los frutos. Los rayos del sol eran tan intensos que se vinieron las sequías y los campos cultivados con maíz, trigo y frijol se perdieron, igual pasó con las flores, los frutos y las verduras.

Centeotl visitó cada lugar donde había sembrado los alimentos, por lejos que estuviera y sobre cada parcela perdida: lloró, lloró y lloró, no hubo nada ni nadie que la animara. Los habitantes de la Tierra irremediamente morirían de hambre porque ya a estas fechas eran más de siete, por siete, por siete años de vacas flacas.

Lloró porque al hombre y a la mujer se les había olvidado cómo cultivar la tierra, cómo crear a los animales, cómo conservar los bosques. Hubo tala de árboles y exterminio de animales; habían extraído los productos energéticos en forma indiscriminada, sobre todo, se olvidaron de guardar reservas de granos y

semillas. Los mares y los ríos estaban contaminados ya no había agua potable, ni peces en el mar; ni pájaros, ni frutos en los árboles.

Una noche de luna llena, Centeotl, tocaba la flauta sobre su petate, las lágrimas escurrían por las mejillas, lloró por sus hijos. Las lágrimas hicieron una laguna alrededor, se formaron canales subterráneos que humedecieron la tierra. Llegada la primavera los cultivos florecieron. Por siempre la hechicera en medio del islote, no paró de tocar la flauta, las notas se expandieron por el aire y la tierra se humedeció nuevamente.

Salí muy joven de la escuela como contador privado y secretaria. Me gustaba más la contaduría que las actividades secretariales. Empecé a buscar trabajo tímida y cohibida como era. Mi madre puntualizó; “ya terminaste la escuela, aquí hay gastos, así que a trabajar. Ustedes son tres y una niña que llegó a esta casa, no puedo dividirme en cinco, cuatro mujeres y el trabajo, así que a cuidarse sola.”

Nadie te enseña cómo solicitar empleo. Hacía un diálogo mental antes de entrar: “vengo por el anuncio del periódico, me llamo...” Tomaba aire, lo retenía, exhalaba, empujaba la puerta: “buenos días, bla, bla, bla.” No duró mucho. Un día me llamó una compañera para decirme que había la posibilidad de entrar a Panamérican Estándar Brands, que no era otra que la fábrica de gelatinas royal, en el departamento de contaduría. Fuimos tres o cuatro de la escuela, yo entre ellas. Me tocó un jefe argentino, era más amable que la señorita Sonia, la jefa, tan guapa como dura. La empresa estaba ubicada en la colonia San Rafael, Altamirano 78 y Alfonso Herrera. Desde ahí caminaba hasta la casa. Salía a las 18:30 horas, eran deliciosas mis caminatas, con tacón alto, hasta Choapan esquina Patriotismo, me relajaba. Los viernes de quincena en grupo a la salida nos íbamos a la feria, subíamos a la rueda de la fortuna y a otros juegos igual de dar vueltas y gritar como desquiciados. Éramos jóvenes de menos de veinte años todos.

Sin embargo, puedo asegurar que mi primer trabajo fue en Almacenes Nacionales de Depósito, S. A. (ANDSA), recomendada por Tere, mi hermana fui entrevistada por una joven llamada Hilda Toledano, ingresé a las Bodegas de Pantaco en Azcapotzalco, al Laboratorio Central de Conservación, como secretaria. Allí trabajaban varios jóvenes preparatorianos y dos tíos de los Rincón Serrano del Estado de Chiapas. Las actividades eran clasificar los diferentes granos que se producían en el país como: frijol, arroz, trigo, sorgo, maíz en fin; se analizaban: daños, infestación, plagas, humedad, esto es de todos los granos cosechados para consumo del país. En ese entonces había exportación de maíz y frijol. Había un controlador de plagas. A veces recogía unas ratas tan grandes, como horrendas. Ahí trabajaba también un joven moreno Efrén Trueba, que hincado ante mí cantaba con voz de tenor: “La negra noche” con una rosa entre las manos, nunca pensé que me enamoraba, lo hacía delante de todos, eran como diez o doce laboratoristas unos viejos,

otros jóvenes; todos se divertían entre ellos Héctor Moreno que después se convirtió en mi cuñado. Ya casado Efrén me preguntó: “por qué no me hizo caso.” “Siempre pensé que era broma, respondí.”

Tere era secretaria del Gerente de las Bodegas de Pantaco, siempre me protegió. La suplí como secretaria cuando renunció. Un día el señor Jorge Mañueco su jefe y luego mío, me platicó con grandes carcajadas: “cuando Tere se fue, dijo, “por favor señor Mañueco no diga groserías delante de mi hermanita; ni modo Teté, se me salen, ¡qué quieres!” Pensé dentro: “¡ay! mi hermana!” Teté me dicen en casa y así me conocieron en ANDSA.

Antes de irme al área central, llegó un inspector Enrique Cuevas, nada más verlo, sentí un revoloteo de mariposas en el estómago, aún lo recuerdo de espalda alto, delgado, vestido con una camisa a cuadros azul claro de manga corta, pantalón vaquero; el alma se me subió a la cabeza. Me conoció, me enamoró, ni tarda ni perezosa empecé a salir con él, un año y medio aproximadamente, me dejó con la boca abierta.

Pasé al departamento de Ingeniería en las oficinas centrales frente a Palacio Nacional. Un edificio colonial modernizado con seis pisos, de lo más bello, con escaleras de piedra a la entrada y balcones en todos los pisos, un mezanine y un bello auditorio con paredes igual de piedra. Ahora el edificio es de la Asamblea Legislativa Capitalina, no hay paso. El departamento de ingeniería estaba en el tercer piso. Mi escritorio al lado del balcón central, visto desde la explanada, es el balcón central de la calle de Mercaderes. Me gustaba pararme en el marco del balcón, admiraba el estilo colonial de la plaza completa; me conmovía el Palacio Nacional, la Catedral, el edificio del Departamento Central, en ese entonces. Yo era la secretaria del titular. Aprendí muchas cosas al lado del ingeniero José Hernández Salgado, incluso a elaborar planes de trabajo, calcular presupuestos, sueldos, todo menos a dibujar, soy bastante mala para eso. Seguí siendo tímida, cohibida ante el sexo opuesto, aún sentía en el fondo del corazón el abandono de Enrique.

De mi casa al trabajo y a la Escuela de Inglés, en la colonia Roma. En ANDSA había un equipo de chicas que jugaban volibol. Todas muy bonitas de cara y cuerpo, yo les hablaba pero no asistía al deportivo con ellas. En el departamento todos los ingenieros tenían alguna especialidad, en general habían viajado a Europa por alguna razón de estudios; el Ingeniero Hernández

Salgado había hecho una especialidad en Suecia. Siendo mi jefe, dijo una vez: “porque no planea un viaje a Europa”, fue delante del jefe del Jurídico, quien me dio la dirección de una Agencia de Viajes de inmediato, para que yo fuera por recomendación suya. Respondí que no podía, tenía que sostener a mi madre.

El ingeniero Hernández tomó lápiz y papel, hizo cuentas. Me demostró que podía ahorrar dinero. Cada quincena me daba un pase de salida sin que lo solicitara, decía: “tenga, vaya a depositar”. Lo hice. Empecé a jugar a que me iba a Europa y a todos les comentaba lo del viaje; pero al paso del tiempo efectivamente en el banco tenía dinero suficiente para viajar, por ese entonces había un slogan: “viaje ahora y pague después”. Todos me apoyaron con información, me prepararon. Sabía a dónde ir. Primero olvidar a Enrique, del que me había enamorado como loca, para ese entonces: ni novio, ni enamorados, ni nada. Me fui 30 días.

Conocí siete países: Holanda, Inglaterra, Francia, Italia, Brúcelas, Alemania, España. De cada uno me enamoré de alguna manera, Magda mi compañera de cuarto se reía cada vez que yo decía: “estoy enamorada de Inglaterra, de Holanda, de Florencia”. Visité cuanto museo pude, menos el Louvre, porque estaba en huelga. Me parecía estar dentro de una película en cámara lenta, sin embargo disfruté el viaje, me puse una buena borrachera en uno de los restaurantes de la Torre Eiffel y otra con el dichoso vino verde. Disfruté de la amistad de Magda. Cuando llegamos a Frankfort, había el museo del sexo, no recuerdo cómo se llamaba pero uno de mis compañeros de viaje dijo: “Esther, no dejes de visitar este museo a ti que te gustan tanto,.ja, ja, ja.”

Dos años después fui a Cuba, con María Elena, cuñada de mi hermana que había estudiado sociología. Nos fuimos en un vuelo chárter con cien estudiantes de la Universidad y del Politécnico. Fueron 15 días de bailar por la noche, por la mañana algún viaje de estudiantes a provincia, visitas a escuelas, a granjas. a la Universidad. Era una época de cierta bonanza para Cuba, con el apoyo de Rusia. Dormíamos dos o tres horas. Mientras las otras se bañaban yo nadaba por la mañana y al regreso de cada viaje, al baño, al desayuno o a cenar, allí todo es con una puntualidad europea, los alimentos, las salidas, las visitas, en fin.

Al regreso, tenía otra visión de la vida. Me llamaron de la Gerencia General, para ver si quería el puesto de secretaria adjunta.

Busqué a Minerva Rentería, amiga de la familia. Trabajaba en lo que hoy es FONART, estaba en una casita a la entrada de Chapultepec, organizaban ferias de artesanía. Le pregunté dónde podía mejorar la redacción y ortografía. Comentó que había unos seminarios en las calles de Tabasco 78, del Instituto de Cultura de la Embajada Española. Los maestros todos españoles llegados a México en 1938, entre ellos Felipe San José, Arnoldo Cohen. Me inscribí con Felipe San José. ¡Oh sorpresa! En lugar de redacción y ortografía, empecé a escribir, narrar y elaborar cuento, poesía. Subí con Raquelito a la gerencia, di las gracias, manifesté mi interés por estudiar.

Ingresé a la Escuela de Periodismo Carlos Septién García, a estudiar periodismo, al terminar llegué con el doctor Rodolfo Hernández Corzo, él había sido Director General del IPN por los sesenta. Algo que sí aprendí en la escuela de periodismo fue a relacionarme con el sexo opuesto, pero sólo en el área laboral, aún faltaba lo social.

Él creó un boletín institucional. Para mi buena suerte, Gabriel Vergara, mi jefe, era un tipo escapista, flojo, nunca estaba cuando el doctor lo llamaba, entonces pedía que yo lo asistiera. El doctor es uno de los tres neuróticos con los que he trabajado, pero de los que más aprendí. Cuando llegué a su lado apenas había salido de la escuela de periodismo. Por muchos años había sido secretaria ejecutiva. Siempre he afirmado: “al doctor me lo gané, más por mis habilidades secretariales que por mis conocimientos periodísticos”. Llegar a su departamento era un triunfo, aplicaba examen él mismo. Me calificó de propia mano con diez. Como lo veía tan nervioso, cuando me llamaba, llevaba lápices con punta, goma, diccionarios inglés y español, hojas, mi libreta de apuntes en mano, además de la carpeta de trabajo organizada. No tenía necesidad de llamar a “Jose” su secretaria, todo lo tenía sobre la mesa de trabajo, fui una de las personas más cercanas a él.

Organizó un simposio sobre almacenamiento y conservación. Coordiné la parte logística e inclusive, mi primer jefe el ingeniero Manuel Gil me pidió que interviniera en favor de un grupo de mujeres basculistas de bodegas, de diferentes estados de la República a las que querían despedir. Con ayuda del doctor Hernández Corzo hice mi primera intervención en público.

En un diplomado de relaciones públicas me habían dicho que para perder el miedo en público debía dirigir la vista al infinito, me atreví a dirigir la vista al público, aunque nerviosa observé la reacción de 44 hombres. Todos los oyentes eran hombres; mujeres, únicamente las edecanes, el mismo equipo de volibol. La crítica la recibí de ellas. Aprendí lo difícil que es salir de un grupo de mujeres para realizar otro tipo de actividades. Si les pasaba algún oficio lo hacían mal, yo no tenía máquina de escribir, si usaba la de ellas, me gritaban: “esta es mi máquina, este mi lugar”. Sólo Angélica Mayanín les preguntaba: “por qué le gritaban, ella nunca ha sido grosera”. Un día fui con Angélica al Departamento de Personal, la secretaria era una chica de lo más linda de ojos verdes me preguntó porque nunca iba a sus fiestas, Angélica respondió: “ella no se junta con la chusma”, no respondí, pero pensé: “yo no lo digo, lo dicen ellas”.

Hubo ajustes en la dirección, Hernández Corzo me llamó: “Esther, se va a dar un cambio, el boletín se va a un departamento de nueva creación, usted decide, se va o se queda, aquí hay un lugar para usted.” Una vez más me fui.

Pasé a Relaciones Públicas, al lado de Elvia Escalante, excelente comunicóloga de la UNAM, aprendí a tratar con periodistas, a organizar conferencias de prensa, a elaborar boletines de prensa, el boletín institucional se convirtió en revista, sobre todo a jugar con mis compañeros a la entrevista. Esto es, con ellos aprendí el oficio. Firmaba los artículos como Esther Vázquez, un día sacando unas copias me preguntaron a nombre de quién, di mi nombre y mis compañeros voltearon a verme: “Teté, ¿tú eres Esther Vázquez Ramos?” “Sí” respondí. Supe que me leían.

El doctor Carlos Ramírez Sandoval, sustituyó a Elvia, otro hombre nervioso, difícil, neurótico, culto y carismático. Le caí bien desde el principio por trabajadora. Me había quedado sola en el departamento. Me organicé, entraba una hora antes para sacar la carpeta informativa, lo tomó en cuenta. Un día llegó, una dama dizque egresada de la UNAM. Yo decía: esta pasó por la universidad a diez kilómetros a la redonda, no sabe nada más que jugar volibol y enseñar pierna, que la tenía bastante buena. Llegó con el Director General, Roberto Ayala Castéllum, le dieron un buen puesto. Pedí mi cambio, pero al rato mandaron a Bárbara ¡que bárbara!, decían algunos compañeros, como Jefa al grupo de Damas Voluntarias donde yo estaba. Estando ahí nos

alcanzaron los Sismos de 1985. Fue una experiencia ir a trabajar como comisiona al Voluntariado. El edificio estaba por la colonia Nápoles, El primer día casi me fui caminando, había que apoyar a descargar los camiones de artículos, latas comida, en fin. Hacíamos cadenas para la descarga o a partir pan para las tortas. Un día llegó Paloma de De la Madrid, con un grupo de damas, les quitaron los mandiles a las verdaderas voluntarias y se los pusieron, se tomaron la foto y se fueron. Las verdaderas damas voluntarias estaban tan enojadas que despotricaban contra ellas todo lo que pudieron.

La ciudad estaba desbastada aquí y allá, nos mandaba a tratar de convencer a la gente para que abandonaran sus viviendas. Era tan duro ver los edificios colapsados, la ciudad olía mal, se veía mal, estaba mal. A mi regreso otra vez tuvimos dificultades Bárbara y yo.

Al licenciado Roberto Ayala, Manuel Mejido en su columna política del Universal lo apodaba: “el enterrador”. Ayala lo consideraba un enemigo acérrimo. Llegó partiendo plaza, despidiendo personal. Hubo retiro voluntario, ahí va la tonta a solicitarlo. El gerente de personal me dijo que no tenía interés en que me fuera, así que castigada a un frigorífico en la Central de Abastos para que me fuera sin dinero. Mi jefe, no recuerdo su nombre, era economista, me dijo: “Esther, qué hizo, me han mandado gente castigada, pero nunca me habían pedido que los tratara como a usted. Si quiere la apoyo para que la liquiden. Si te quedas te estancas. Tienes que salir de aquí, no perteneces a este lugar.” Respondí: “no puedo, no tengo trabajo. Pero tienes razón, necesito hacer algo y tiene que ser por la mañana.” “Mmm, dijo, ve yo checo tu salida.”

Me fui con miedo de que me levantara acta por abandono de empleo. No lo hizo. Había recabado información suficiente, como estaba bajo las órdenes de un trabajador, extraje información de su escritorio. Pensé que si se daba cuenta tendría dificultades, pero no. Después me reía de todas las trampas que hice ahí y los sudores que pasé para hacerme de la información. Yo tenía mayor jerarquía que él, así que lo aproveché. Me dirigí a una oficina de Conciliación para el Trabajador, que existía en Arcos de Belén. Me topé con una licenciada de lo más honesta. Levantó el acta de trabajo. No sé presentaron a la audiencia porque antes de eso me regresaron a oficina matriz. Fui a darle las gracias, le llevé chocolates y una rosa, sólo tomo la rosa.

Armé una artimaña con Marcela Rojas, amiga de mi hermana Tina, licenciada en derecho, egresada de la Universidad *La Salle*, llamó a la oficina de la tonta de Bárbara, y a Estelita su secretaria le pidió comunicación conmigo. Ella dijo que yo no estaba, entonces preguntó si podía pasarme un recado. Dijo sí. “Por favor, dígame: que está lista su entrevista con Manuel Mejido, que pase a su oficina.” Alguien me platicó que Estela, inmediatamente se paró: “lic, lic, Manuel Mejido le dio una entrevista a Esther.” La tonta fue con el gerente a comunicarle, sin investigar. Ya sabía que eso iba a pasar.

Una mañana estando más castigada aún, porque me habían puesto un escritorio sin pata, ladeado en la bodega de aseo al lado de la escoba, el recogedor, cubetas y trapeadores. Me sentí “la muñeca fea.” Además me pidieron un trabajo, que por más que me apurara, no lo terminaría para el lunes siguiente. Pensé: “no te enojas al fin y al cabo tú originaste esto. ¡Caray, ni cuando empecé a trabajar, fue en esas condiciones”.

En eso estaba, cuando llamó Hugo Covantes, escritor, periodista, director de la revista de arte en la que colaboraba, para invitarme a trabajar con él en PEMEX. Lo apoyé como coautora para “El grabado mexicano en el siglo XX”. Le respondí que estaría con él a las cuatro de la tarde. Regresé a mi escritorio a pensar cómo administrar el tiempo para llegar. Pasaron unos dos minutos cuando mucho, vino el que se decía mi jefe: “Esther que se vaya a matriz”. Sí, le respondí, en cuanto llegue el licenciado. “Que no lo espere, que se presente inmediatamente con el doctor Ramírez Sandoval”.

Me fui, de lo más acalorada, era mayo y yo con: blusa, suéter, saco, pantalón vaquero, medias y mayones, por el frío y la humedad del frigorífico. De regreso, ¡jaz!, que se atora el tacón del zapato y se quiebra. De casualidad llevaba tarjeta de crédito. Compré zapatos para llegar presentable.

El doctor me rescató. Fue más fácil dirigirme a Ejército Nacional donde laboraba Hugo. Me puse de acuerdo con él para empezar a trabajar por las tardes mientras buscaba la liquidación. El doctor tan gente me llevaba a todos los eventos, el personal del director general me miraba con desconfianza, mis compañeros con gusto. El doctor más listo, me platicó que le preguntaron qué conmigo. Respondió me hago cargo de ella. “Esther es una mujer con estudios y con ética, no hay problema”. Así, sí le cierran el camino a una.

Aquella tarde llamé a mi exjefe al frigorífico. Le pedí tomar un café: “vas a decir que estoy loca, pero cuando me propusiste ayuda, no tenía trabajo, hoy tengo una propuesta en PEMEX”. Me citó en el Sanborn`s de Insurgentes y San Antonio. Me pidió lo llamara a la mañana siguiente. Lo hice. Dijo: “está listo pasa a personal, te vas con el sesenta por ciento.” “Hay tan poquito.” “Me dijiste cincuenta y logré sesenta.” En realidad me fui con más pero tuve que esperar hasta el mes de octubre, esto es, seis o siete meses de espera, ¡uf, fue difícil”. El jefe de personal dijo: “no hay nada personal contra usted”. Los compañeros después de un mes de castigada, bajaban a felicitarme. Había la consigna de cerrar instituciones como ANDSA. Yo no tenía problemas pero ellos sí.

La espera

*Qué largas las horas de la espera,
minutos al vacío,
sueño que se ausenta,
vigilia extendida al infinito.
La espera es una carta que no llega,
una llamada en el silencio.
Es el nombre retenido en el espacio
lo que hace aún más larga esta espera*

Mezanine, *edificio de Mercaderes*
Octubre de 1986

El enterrador

A mis compañeros de ANDSA

A Mariano le llega un olor nauseabundo, aunque apenas perceptible que lo hace levantar el rostro sumergido entre el montón de papeles. Trata de orientar su olfato hacia el sitio de donde procede. Se levanta, dirigiéndose a los sanitarios, abre una a una las puertas, pero ahí el olor a desinfectante es superior a cualquier otro. Busca en rincones, escaleras, elevadores y en los cajones de los escritorios por si hubieran sido olvidados residuos de alimento que estuvieran descompuestos, pero no encuentra nada.

Al atravesar el pasillo colindante entre el despacho del director y el archivo, acceso que se encuentra precisamente en la parte posterior al de él. Le extraña sentir el olor poco más intenso, pero al no poder cruzar el pasillo, debido a su vigilancia, sigue adelante.

De regreso a su oficina, la encuentra aún vacía. Mariano se había acostumbrado desde el primer día de trabajo a llegar una hora antes que el resto del personal. Hábito que no perdió aun cuando lo nombraron jefe del archivo. Esa soledad le ayudaba a concentrarse en sus labores cotidianas, antes que los ruidos de las máquinas de escribir, los ventiladores y la charla de los empleados se tornara en un murmullo prolongado que a menudo lo distraía.

Mariano sonrío para sí, mientras identificaba cada uno de los escritorios en los que ha dejado veintinueve años de su vida. Reflexiona sobre lo bien que se lleva con todos; su vida de trabajo ha transcurrido con pocas dificultades, las normales, tal vez, se dice.

Sabe, porque el archivo era el sitio ideal para los comentarios y chismes, que muchos de sus compañeros la venían pasando mal con la actual administración. Tal vez, razona, yo no tengo esos problemas porque siempre se piensa que éste es un puesto de menor importancia, además de aburrido.

Una vez más, lo envuelve aquel olor nauseabundo que lo hace cobrar conciencia del tiempo transcurrido. Parecía venir de las mismas paredes del edificio, como si éste estuviera en proceso de descomposición. Algo lo hace dirigir la mirada hacia la ventana que daba a la calle y al tropezarse con la presencia del director se sobresalta.

Al mismo tiempo, se le hizo raro que nadie hubiera percibido ese olor que ya tenía días, aunque más leve. Sin embargo, recuerda haber escuchado algunos comentarios al respecto, a los que no dio importancia. Los empleados se quejaban del susto que les provocaba la presencia del director que parecía la de un ser fantasmal que deambula silencioso en pisos y pasillos.

Los empleados lo veían con recelo. Siempre con el cigarrillo entre los dedos, su vestimenta grisácea, la tez amarillenta y aspecto enfermizo. Al principio, los trabajadores esperaban una amable sonrisa o una palmada en la espalda, pero nada. Ni siquiera el “buenos días”. Decían también que sus ojos y dientes se alegran al ver una buena pantorrilla o una rítmica cadera y era cuando su rostro se tornaba suave. Mariano no supo qué, lo hizo asociar ese olor nauseabundo con los comentarios de sus compañeros y la presencia del director. Era como si las tres cosas hubieran surgido al mismo tiempo. Sonríó para sus adentros.

Al transcurrir los días, como rito desaparecieron los compañeros más antiguos y los mejor capacitados eran sustituidos por otros que se empeñaban en deteriorar las instalaciones y descomponer los equipos. Los empleados no se explicaban por qué, las autoridades lo designaron como director, pues era conocido que destruía cuanto empresa caía en sus manos.

Una mañana, Mariano se quedó atónito al comprobar que el olor se sentía en todos lados. De las paredes salían gusanos que al multiplicarse lo invadían todo. Al abrir las gavetas de los archiveros se introducían, convirtiendo en polvo el contenido de los expedientes. Paralizado por tal impresión, a su espalda escucho una carcajada que le hizo girar el rostro y aterrorizado se encontró frente al hombre de la tez amarillenta que con la pluma entre los dedos estampaba una última firma y dirigiéndose a Mariano, le apuntó: "Que, nadie ponga en duda que cumplo con mi oficio."

La vida en PEMEX no es un vergel. Hay envidias, no sólo con los empleados sindicalizados, también con los empleados de confianza y hasta con los amigos. Lo sufrí. Me dolió hasta el alma. Lloré. Reconozco que mejoré mi sueldo, pero siempre fui empleada de honorarios. Con el tiempo los que no cabían en el ambiente cotidiano iban a dar a mi oficina.

Covantes tenía la tarea de rehacer un libro sobre el petróleo, además de escribir artículos, reportajes y otros textos que le encargaron para la revista: “Los petroleros” con 40 mil ejemplares mensuales para distribución nacional (misma que despertó el interés de Nikito Nipongo en su columna política “perlas japonesas”). Al principio fue estudiar todo lo relacionado con el petróleo, pasé más de un mes con esta tarea, después a la investigación, a las entrevistas, redacción de artículos y reportajes. Antes que yo, había llegado María E., conocía a Hugo porque trabajaron en prensa en el Departamento Central, después fueron compañeros en el Seguro Social y luego en PEMEX. Tuvieron suerte, les dieron contrato de confianza.

Hubo cambios en la Gerencia de Relaciones Públicas y en Prensa, ¡vaya!, mi mayor enemiga: María E, vestía exótica, tenía cuerpo de tentación y se comportaba inteligente. Nos conocíamos de colaborar en la revista de Hugo. Juan Bron, nos decía a Nora, María E y a mí: “Las tres gracias”. La crítica de arte Berta Taracena nos llamaba: “las niñas de galería”. Llegamos a ser invitadas para reportajes en otras ciudades: Puebla, Guadalajara, Morelia, Guanajuato en fin, por eso me dolió tanto su actitud, de verdad que lloré.

En PEMEX, María E, hábilmente empezó a hostigarme hasta que un día no aguantó más, de plano: “por qué no te vas.” Respondí: “no tengo a donde ir”. En adelante todos sus amigos me hostigaron sobre todo a la llegada de Manuel Gutiérrez Oropeza, había sido mi maestro en la Septién. Un pelado, cuenta cuentos, enamorado, aquí enamoró a la secretaria, le hacía cada seña desde su escritorio que daba vergüenza ver.

Un día por teléfono buscaron a Hugo, no estaba. Dijeron que me presentara con la licenciada Martha Avelar. Pidió que elaborara un boletín de prensa. Sudé negro, sí dije de inmediato lo traigo, voy a Ejercito Nacional a

redactarlo; ¿a qué hora lo traigo? “No necesita ir allá, aquí tiene todo lo necesario hasta diccionarios.” ¡Puf!, un balde de agua helada. Lo hice, no hubo objeción.

De esa manera me introduje en la vida laboral y periodística de PEMEX, ya no era ANDSA, donde todos me conocían como la niña superadita y facilitaban cuanta información requería, ahora era otra situación.

Llegó Manola Saavedra como editora de la revista, para mi buena suerte, María E, no le cayó bien, me quedé como asistente. Hicimos equipo Manola, Hugo, Margarita Ramírez y yo. Margarita trabajaba en La Jornada, por la noche, tenía a su encargo elaborar la primera plana; en PEMEX trabajó por la mañana. Llegó como correctora de estilo, una buenaza, hoy es la jefa de redacción del periódico. Nos hicimos amigas.

Margarita es mal hablada, se refería a Manola como: “la vieja” pero en un sentido de grandeza. Un día que corregía un texto mío, dijo: “qué bárbara, ya le agarraste el estilo a la vieja” o “cómo hemos aprendido con esta vieja”, pues Manola insistía en que redactáramos en forma coloquial, simple, llana. “Quieren que las lean, escriban claro, sencillo, coloquial.” Era muy dura con las dos, pero sobre todo conmigo. Le dio un giro a la revista de inmediato. Le creó nuevas secciones, la hizo amena. Margarita era amiga de Martha Avelar, un día que estaba con ella en su oficina, vino eufórica y dijo: “Esther, nos están leyendo”. ¡Uff, qué gusto! Hubo viajes para reportajes, en fin. Otro cambio, porque gente como Manola no dura.

Llegó la doctora en historia Alicia Gojman de Backal, de origen judío, muy profesional, muy gente. Le dio otro sentido a la revista, Manola era pícara y la doctora seria. Me hice cargo de dos secciones: ecología, cultura, reportajes y entrevistas noticiosas.

Cuando estudiante tuve oportunidad de trabajar para el periódico del Instituto de Productividad. Me encargaron una entrevista con el gerente de Petroquímica, hicieron hincapié en un lenguaje coloquial. Se lo planteé al gerente de petroquímica, fue tan coloquial que ni yo entendía. Lo regresaron tantas veces que casi me suicido, por fin lo aceptaron. Entendí el proceso de la petroquímica cuando entrevisté a un ingeniero que creó una técnica para proteger las columnas de las plataformas del agua de mar. El ingeniero me dio

como ejemplo la aleación de metales como el oro. Fui a buscar en un libro de química de secundaria, lo entendí.

Con la doctora, llegó el cincuentenario de PEMEX, hubo todo un proyecto editorial, participamos como unas treinta personas, entre ellas Manuel. Hicimos un ejemplar especial para el cincuentenario, me tocó ir a Ciudad Madero, tuve oportunidad de departir la comida a un metro de distancia de “La Quina”, el líder sindical. Él asistía a las comidas, pero no probaba alimento alguno ni bebía nada. Era un tipazo, delgado, de estatura media, vestía traje impecable y suéter con cuello de tortuga, toda una personalidad. Todo el pueblo de Ciudad Madero, lo quería, era una efervescencia por su persona. Era una ciudad pequeña con todo lo necesario. Las calles limpias. Un hospital naturista para atención a trabajadores frente al mar. No había niños en la calle pidiendo limosna, ni viejitos tampoco. Ya Manola nos había preguntado si habíamos leído *Morir en el Golfo*, dijimos que no, respondió: “si estamos en PEMEX, es nuestra obligación leerla.”

A la entrada de Salinas de Gortari, todos fuimos a la calle sin trabajo. María E y Hugo Covantes se habían ido liquidados; a los de honorarios, dos años después, sólo el mes de julio para buscar trabajo dijeron.

Mar pacífico

Al amor perdido

Un golpeteo seco, constante, la saca de un sueño profundo. Agudiza el oído para ubicar su procedencia, hace a un lado la sábana y se desliza por la habitación tratando de distinguir entre las sombras de la noche. Abre la puerta de la terraza y queda suspendida en el marco. Aspira la brisa nocturna, mientras escucha la musicalidad de la ola cuando rompe.

La playa se extiende brindándole un espectáculo nocturno que la hipnotiza. La luna se encuentra exactamente en el centro de un cielo marino, proyectando un ángulo plateado sobre el mar que la invita a caminar sobre la arena.

La espuma acaricia la piel de los tobillos y la arena frota las plantas de los pies. La brisa moja la seda blanca de su camisión que se adhiere al cuerpo haciéndola sentir ligera. Se dirige hacia donde el mar y el río se unen y se repelen.

En medio de ambas aguas se sienta con las piernas cruzadas en loto, desvanece el cuerpo poco a poco sobre la arena en medio de ellas. Prueba el agua salada de un lado, dulce del otro.

De su garganta surgen melodías llenas de nostalgia. Se escucha a sí misma. Se sorprende. Es como si su voz fuera de otra persona. Uno de sus grandes deseos de niña fue precisamente cantar, puede hacerlo y canta.

Siente el reclamo del mar, le exige penetrar en sus profundidades, se deja llevar por la corriente sin resistencia. Es como si estuviera habituada al mar. Su cuerpo se balancea al ritmo de las olas en forma placentera. No hay cansancio, ni sofoco.

Mientras más se interna en el océano, más armoniosos son sus cantos. Le gustaría estar ante un público que la escuchara, que la aclamara, pero está sola en ese mar arrebatado y pacífico a la vez. Los peces la rodean cuando la escuchan y nadan alrededor de ella acariciando su cuerpo con sus aletas.

Pierde la cuenta del tiempo que permanece en las profundidades. En un punto lejano alcanza la playa de una isla llena de aves. Acostumbradas a ella la rodean cuando se tiende sobre la arena; deja la mitad del cuerpo dentro del agua para que sus piernas permanezcan humedecidas y cae en un sueño profundo.

Tendida permanece sin medir el tiempo, no importa, nadie la espera, deja que el agua de uno y otro lado continúen su ir y venir cotidiano

Sus manos toman un puño de arena que aprisiona pero se desvanece como pequeños relojes. No queda nada en sus manos. La brisa salpica su rostro que se transforma en un rostro de serenidad.

Una paz que necesita el corazón recientemente despedazado por aquel hombre que le lleva quince años de edad y no sé cuántos más de experiencia. Ese hombre que tiene hijos en cada puerto que visita y al que no descubrió sino mucho tiempo después, pero que a ella nunca tocó, aunque su cuerpo lo reclamaba, lo pedía a gritos, lo imploraba, lo anhelaba, pero al que él nunca accedió, a pesar de que no hubieras puesto resistencia.

Estaba ahí, dejando que el agua y el sol tomaran de ella su inexistencia, buscando paz en el corazón, en la mente y en el alma. Sin embargo, a pesar de todo disfrutaba la quietud, la soledad. Atrás el estero, el manglar apretujado de hierba y de raíces.

*“Te vas Alfonsina con tu soledad
qué poemas nuevos fuiste a buscar
una voz antigua de viento y de sal
te requiebra el alma
y te está llamando y te vas...”*

En 1992, después de la salida de PEMEX, duré ocho meses volanteando mi currículum por la ciudad. Uno de mis sueños: trabajar con personas como Fernando Benítez u otro igual, nunca pensé que mi sueño se haría realidad.

Conocí a Elena Poniatowska por Gaby de la Vega, amiga de Rafael, a la que le había hecho una entrevista como pintora para la revista Arte y Artistas. Rafael mí esposo, me propuso que platicara con Gaby. Lo hice. Me invitó a un evento de la Universidad de Londres donde era directora. Fui, ahí estaba Elena, llevaba conmigo el libro de Jesusa Palancares, para que lo dedicara. Gaby me presentó al acercarme para el autógrafo, comentando: “Ella es la persona de la que te hablé”. Me citó el lunes siguiente en su casa de Chimalistac a las nueve de la mañana,: “a ver cómo nos va” dijo.

Elena es de izquierda y el primer día a su lado, empecé con el pie izquierdo. Apenas conocía las computadoras en PEMEX, para mi desgracia los empleados son egoístas y era difícil hacerme de una así como de los cursos de capacitación que impartía el Instituto del Petróleo, además de que tenían la última versión en el mercado. En casa de Elena todo lo contrario. Tenía una laptop a la que se le introducía un disquete de programa, se sacaba y se insertaba otro para trabajar. Había un archivo bastante amplio ya, me pidió completar algunos textos que tenía seleccionados. Lo hice, trabajé toooodo el día. A la hora de salir apagué la computadora. Cuando regresó, yo ya había salido, así que le preguntó a Chavela, qué había hecho. Chave le contestó que había estado trabajando en la computadora. "Pues, aquí no hay nada".

Al día siguiente me preguntó qué había hecho, le dije que sólo había apagado la computadora, entonces supe que no había salvado ochenta y tantas cuartillas que se fueron al vacío. No me corrió porque Dios es grande.

Permanecí a su lado durante cinco años continuos, uno más los sábados. Me tocó organizar la biblioteca, tenía un montón de cajas, más cajas de libros, otras de archivo. Me encargó organizar su biblioteca por orden alfabético de autor, cada vez que salía con el bolso en el hombro tomaba dos libros que colocaba, dije así un día terminaré. Antes de salir terminé.

Había que hacer recorte de diarios sobre ella, otros de su interés, hacer carpetas de información que requería. Revisar su correo, lo que más me gustaba era responder su correspondencia como si fuera ella, además de

archivar, sacar las entrevistas de la grabadora, ir a buscar información a las bibliotecas, al banco cuando no estaba, ir a casa de “Bambi” en la colonia Condesa pues vivía en las calles de Pachuca, a casa de Octavio Paz, que vivía en Reforma esquina con Río Guadalquivir, cuando hizo un artículo para sus 85 años, al periódico El Nacional. Atender el teléfono, darle de comer a mis hijos, según Chave. Cuando salía me dejaba recado “ahí le dejo a sus hijos, deles de comer.” Eran un par de gatos consentidos, Gaspacho gruñía cuando lo quitaba de mi lugar de trabajo.

Como en todas las casa siempre pasan accidentes o incidentes. Un buen día, Paula, su hija, recogió a una perra en la calle “La loba”, hermosa como ella sola de ojos azules, asustaba a la gata para comerse su comida. Un día trajeron un perro de igual raza para cruzarlos. Sólo estaba yo, cuando sonó el timbre, el joven me lo entregó advirtiéndome que le encantaba salirse a la calle, que tuviera cuidado. Llegó el cartero, abrí para firmar por un sobre y que se escurre el condenado perro. Ahí te voy correteándolo por todo el parquecito de Chimalistac, no era bravo pero su estampa asustaba a la gente, nadie me ayudó, hasta que un joven le medio tapó el paso con precaución, se regresó a la casa pues ya había meado casa y jardín.

Para mi desfortuna, Chave me pidió cuidara de la olla que dejó en la lumbre mientras iba al Walmart; a mi regreso con el perro, un portazo seco me indicó que el aire había cerrado la puerta interior de la casa. Sudé, ¿qué voy a hacer?, me dije.

Traía puesta una falda recta a media pierna. Hay un balcón a mano derecha que es la oficina de Elena, la barda que divide una casa de otra tiene un pequeño borde con una altura menor que el primer piso, la puerta del balcón permanecía abierta. Puse un bote de basura alto al revés, luego un bulto de periódicos y no sé qué cosas más que sirvieron de escalera, levanté la falda al muslo, me detuve de las ramas de la enredadera, escalé. Lo bueno es que soy flexible, normalmente hago ejercicio, me trepé y entré a la casa.

¡Oh!, el infortunio seguía en mi contra. El agua de los tomates se había consumió y los tomates quemado. Lavé la olla y puse más tomates a cocer. Pero no engañé a Chave, bien que se dio cuenta. Así que tuve que contarle la aventura.

Podía hacer un listado de cosas que viví, de personas que conocí, como a la comandante Ramona, en la boda de Paula. Tengo un cuento pendiente cuando se quemó la pantalla de la computadora, verdaderamente le salía humo, nunca me había tocado ver que se quemara un monitor. Trajeron una moderna, fue mi fortuna, la cosa con Elena cambió, en lugar de preguntarle yo, me gritaba cuando se entrampaba en ella.

Elena es muy humana, pero muy dura en el trabajo, además olvidadiza. Un día tenía un cheque por una buena suma de dinero en la mano que le habían pagado. Me dijo: “Esther, no sé en qué libro lo metí, ayúdeme a buscarlo.” ¡Oh!, la casa es biblioteca o la biblioteca es casa. Quién sabe. Pensé en qué estaba trabajando y traté de deducirlo. Así que a buscar un libro y otro tras otro hasta encontrarlo, me llevó un buen de tiempo. Otro: “usted y yo tenemos que ser las mejores.” ¡Guau! ¿Cuándo será eso?

Alguien me preguntó si trabajar con un escritor era diferente a trabajar en una oficina, claro que es diferente: en primer lugar, extrañaba a mis compañeros de trabajo, me sentía muy sola en esa casa, pues Elena siempre andaba de viaje, aunque me hice amiga de Chave, mi Chave. Me consentía un resto. Los olores de su comida invadían toda la casa, bajaba y le decía: Chave ¿qué hiciste de comer?, me guardaba algo para desayunar al otro día. Aún hoy. somos amigas.

Un día que tenía yo una comida con mis excompañeros, subió a dictarme para que me fuera temprano. Elena y sus hijos son nobles. Un día que hacía mucho frío y estaba lloviendo ella misma me llevó café y un pedazo de pastel. ¡Qué amabilidad!

Tengo que hablar de Adrián, es un hombre de la calle, en ese tiempo aún joven llegaba a pedir alimento. Debió ser del rumbo pues aunque perdido de la cabeza, sabía quién era quien. Un día que no estaba Chave me dijo: “no está la criada, tengo hambre”. Le serví en un plato que mi Chave tenía para él. Otro día que llegó, abrió Felipe, otro de los hijos de Elena, el mismo le hizo unos huevos, le sirvió en un plato de la casa con un tenedor de la casa. En el libro “Boda en Chimalistac”, hay referencia a él.

Una vez el mentecato que fue mi jefe en la Dirección Operativa 4 en la SEP y vive en Tlatelolco, criticaba a Elena por su libro “La noche de Tlatelolco”. Dijo no estar de acuerdo. Le pregunté si lo había leído, dijo que no.

Entonces respondí: Pues mire usted es un libro donde Elena entrevista a una serie de personas que vivieron el 2 de octubre y reproduce su voz y sus vivencias en él, además maestro “me gustaría saber, si alguno de sus hijos o su esposa son capaces de recibir en su casa a niños de la calle, alimentarlos y dejarlos correr por la casa. Pues yo vi a niños de la calle llegar ahí, manosear el piano, reír y correr por toda la casa mientras Elena trabajaba. También me tocó ver a Felipe, su hijo, dar de comer a Adrián, un hombre de la calle. Le cocinó huevos revueltos y se los sirvió en los platos y cubiertos de la casa. De eso son capaces ellos.

Elena no solo entrevista a personajes conocidos, también se sabe relacionar con gente del pueblo, niños de la calle. Así como llegaba María Rojo, doña Rosario Ibarra, llegaba un hombre de edad indeterminada que vivía en una de las criptas del Panteón Jardín. Tenían cada plática tan divertida, pero lo lindo es la paciencia de Elena para escucharlo.

--Elena por qué no compra el periódico El Nacional.

--Tú crees que pueda, ¿Cuánto crees que valga?

--No sé, unos miles de pesos, pero usted sería la directora.

Estas son algunas de las aventuras que pasé ahí.

Alebrijes I

Volaba en un edificio de corte colonial. Había una escalera de forma de caracol dentro de un espacio de piedra, le decía a mi amiga Mary Paz: “anda vuela, somos libres, libres para volar, nadie nos ve”. Emprendíamos el vuelo. Había una señora vestida de negro, sentada de espalda a nosotras, en un cómodo sillón moderno tapizado de negro, que dijo: “no, no están solas yo las puedo ver.” La miré, pero no logré ver su rostro, no supe quién era. Desperté inquieta.

En mil novecientos noventa y cinco, al doctor Carlos Ramírez Sandoval, lo nombraron director de la Biblioteca Nacional de Educación dependiente del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación. Creó un proyecto cultural en Leandro Valle 23 en el Centro Histórico. Fui a verlo para trabajar a su lado. Dijo que sí. Sólo tenía que esperar un poco, fueron cinco o seis meses de espera. Hubo un acuerdo SEP-SNTE para dotarlo de personal.

Su propuesta se hizo realidad y el primero de julio de 1996, entré a trabajar como coordinadora de difusión cultural. El doctor me ubicó en una oficina con Sandra Moncayo, psicóloga con maestría en Psicología Gestalt, encargada de organizar la programación cultural. Nos hicimos entrañables compañeras de trabajo. Cuando mi madre tuvo el infarto cerebral, me ofertó algunas terapias con la técnica Gestalt. Tomé un Taller de Autoestima con ella, muy valioso para el grupo. Compartimos despacho y escritorio. El balcón de la oficina daba a la calle de Leandro Valle, con una maravillosa vista de la pared de la Iglesia de Santo Domingo, había jacarandas llenas de flores moradas. Un día me trepé a la azotea, dominaba los techos de los edificios del Centro Histórico.

Había conocido el Centro Histórico durante mis andanzas con el historiador de origen español Gonzalo Obregón, a quien asesinaron, según la prensa, por cuestiones homosexuales. Tuve oportunidad de observar la parte superior de los edificios coloniales, una vista admirable.

Lo considero mi mejor trabajo: coordinadora de prensa y difusión cultural. Bromeaba: “la computadora mi secretaria, el fax mi mensajero”. Eran

mis herramientas de trabajo, no necesitaba más. A la llegada de Shisel, una joven estudiante también de la Septién, era un apoyo: enviaba boletines de prensa, hacía llamadas, conseguía información. Su participación me hizo más eficiente con la prensa, desayunos, comidas, era gratificante el ámbito laboral.

Dentro de nuestros eventos, estaban exposiciones de pintura: Marta Chapa, Cuevas, Covantes, Javier Padilla, Sebastián, Mérida. Cursos y talleres de computación, de periodismo cultural, de autoestima para mujeres. Eventos como la presentación de escritores y artistas: Mario Benedetti, Arturo Pérez-Reverte, cantantes de la talla de María Victoria, Tanía Libertad. Domingos de cuentos para niños con la voz viva de Olga Guillot, Damián de Vichir, ciclos de cine como los 100 años del Drácula, conciertos musicales, eran tantas las actividades. Por orden del doctor Ramírez Sandoval se intentó rescatar un mural de la época colonial ubicado en la planta baja, dentro de la Biblioteca. Pero personas como la licenciada Montelongo, hija de Elva Esther, lo destruyó por ignorancia. El mural ya tenía tratamiento para el rescate en una fase posterior.

Todo era esplendor y belleza para mí, hasta la llegada de Salvador Castañeda --no el escritor de los 70 encarcelado en el 68. Este individuo era un periodista corrupto que cubría educación para Novedades. Mi paz terminó cuando empezó a enamorarme. Un día de dar risa, quiso besarme en la oficina. Había una mesa redonda de trabajo, la babosa dando vueltas, Castañeda siguiéndome alrededor de la mesa. Pasó del cortejo al hostigamiento. Le platiqué a Rafael, dijo: Monis “avísale al doctor si no te hace caso voy yo”. El conquistador de mujeres, nada más vio a Rafael, huyó, diciendo que era mi amante. El administrador carcajeando manifestó: “Esther tendrá que poner su acta de matrimonio en un marco”. Mi único sentimiento de molestia contra el doctor Ramírez Sandoval, fue que no me creyera, comentó que todas las mujeres mal interpretamos situaciones como ésta, hasta que a él lo metió en chismes.

En el 2001, el doctor Ramírez tuvo problemas con Elva Esther, decidió irse. Le propusieron la dirección del Museo León Trotsky. Este museo estaba abandonado allá por Coyoacán. Llegó y levantó el museo. Realmente quedó digno. Cuando se fue de la biblioteca, a nosotros nos quitaron las comisiones. Reubicación según las plazas, yo tenía dos: en la mañana a Preescolar, en la

tarde Secundaria General. En ambos niveles a reubicación, donde tratan a este tipo de personal con molestia, como personas indeseables y problemáticas.

Cuando me reubicaron de la Biblioteca Nacional de Educación del SNTE, salí por una de las cuatro escaleras con acceso a la planta baja que da precisamente a la puerta de salida.

Debo aclarar que Leandro Valle 23, fue el claustro de Santo Domingo, ahí estuvo la primera cárcel de mujeres a las que quemaban en época de la Inquisición; después una vecindad que albergaba ladrones, entraban ya por las calles de Chile o por Leandro Valle con salida a la otra calle.

Para despedirme de la biblioteca, bajé por la escalera metálica en forma de caracol ubicada en el centro de un espacio de paredes redondas, espacio respetado por el arquitecto que remodeló el edificio. Su acierto fue haber construido la escalera en forma independiente de la pared. Hice un alto para admirar el contraste con las paredes coloniales. Parada, observando: ¡quedé sin habla! La escalera no era otra que la de mi sueño. Razoné que desde mi llegada estaban esos cómodos sillones tapizados de negro donde tantas veces me senté, donde también estuvo sentada a la dama de negro. Dije: “¡no puede ser!, éste es el escenario de mi sueño.”

Interferencia voraz

Siento su presencia constante hasta obligarme a dar la cara. Quiero verte con indiferencia pero me lo impide tu frialdad, el olor ácido que a veces me sobresalta. Estoy consciente de ti, porque invariablemente te interpones en mi camino.

Nuestros encuentros son tan frecuentes que se convierten en un reto por tu prolongado silencio que me altera y no me deja concentrar.

Esa mueca, dura, fría, desdeñosa me persigue hasta en sueños. Me indignas y lo sabes, porque te encuentro a mi espalda, a un lado, a veces es tal tu cinismo que estas provocativamente al frente.

Me pregunto si eres igual con los hombres de negocios, con las secretarias bilingües o solamente conmigo, tratando de poner a flote mi debilidad; de cualquier forma me inquietas.

Mi brazo se tensa, mi mano cobra voluntad propia y con brusco movimiento veo como estruja con rabia la hoja de papel que tengo frente. Observo como se va convirtiendo en pelotita, cuyas letras buscan salida, piden auxilio. Aprieto la pelota con fuerza para que entre justo en el centro de tu boca voraz, bote de basura.

En la Coordinación de Educación Preescolar después de peregrinar de una oficina a otra, tomé la decisión de pedir audiencia con el jefe de personal, el ingeniero Luis Santillana Guevara: “perdón que haya pedido audiencia pero nadie me ha preguntado qué sé hacer”. Respondió: “en este momento la iba a llamar”. “Puedo elegir de más a menos, donde puedo prestar mis servicio y bla, bla, bla.

--Traiga mañana su currículum.

--Aquí lo traigo.

--Está más cercano al periodismo que a la docencia, ¡trabajé en la revista Los petroleros!

--Sí, la conoce.

--Sí, soy ingeniero petrolero. Ya sé, no me pregunté qué hago aquí. Espéreme, ahorita vuelvo.

A su regreso:

--Suba al quinto piso, preséntese con la licenciada Rosa María Gama. Hágalo rápido antes de que pierda hasta la plaza. Fue una bendición que estuviera en ciertas condiciones iguales a las mías.

Me mandaron al Centro de Investigación y Difusión Cultural de Educación Preescolar (CIDEP), en calzada de Tlalpan 568. Deseo cumplido. Siempre quise trabajar en un museo. Está ubicado en una casa porfiriana de 1918, bajo el resguardo de Bellas Artes. Un museo de educación preescolar con cuatro salas que guardan los materiales educativos desde 1890 a la fecha. ¡Guau!, tenía que limpiar y engrasar los objetos del pasado, disfruté el trabajo. El museo me parecía una auténtica casita de muñecas, incluso en mi sala había una casita de madera con muebles del mismo material de los años 20, con muñecos de celuloide.

A la jubilación de una compañera me hice cargo de la segunda sala de la época 1920-1945, esta sala es parte de la nacionalización en educación. El edificio cuenta con un auditorio donde caben cerca de ochenta niños. Había un Proyecto de lectura en voz alta: ExpresArte. Leíamos cuentos en equipo y luego a talleres con diferente técnica y material. Con una bibliotecas especializada en educación preescolar y otra área infantil. Cuando llegué, mi compañera Rebe tenía a su cargo La fototeca, un día pasé, vi fotos antiguas en blanco y negro saliendo en forma desordenada de los cajones del escritorio.

Dije: “Rebe esas fotos se van a lastimar ahí, es plata gelatina, si se rayan no hay remedio.” Salió Tere Martínez, la directora, le comentó: “quedamos de que nada en los cajones”. Le quitó la fototeca y me la entregó. Me quedé tan apenada con Rebe.

Estaba totalmente desorganizada. Esto fue empezar un trabajo desde el principio. Hay de todo: fotos en blanco y negro, transparencias -llamadas filaminas-, otras en color con material de diferentes épocas, reproducciones del Archivo General de la Nación, otras adquiridas de archivos de periódicos, en fin. Digo: “trabajar en un centro de investigación es otra cosa, aunque éste sea del tamaño de un arroz.”

Aprendí a planear talleres recreativos de lectura, guiones de cuentos, a tratar a niños, en fin, herramientas que hoy me sirven para trabajar como promotora de lectura. Hubo cambios, se fue Teresita Martínez, llegó Judith Leyra, ambas unas damas, no sabría decir cuál de las dos es mejor docente, de ambas aprendí el arte de enseñar.

Por la tarde, en el nivel de Secundaria General, después del vía cruz, llegué a la Dirección Operativa 4, conocí a Rosalía Flores Mateos, una chica de la UNAM, trabajadora, inquieta y culta; diseñamos un proyecto que se convirtió en programa: “*La lectura no es tarea*”, ganamos medalla de plata con él. Leíamos todos los días en escuelas para trabajadores, luego en el turno vespertino. Ganamos el respeto de los docentes, de inspectores, de Apoyos Técnicos; Pedagógicos (ATPs) en fin. Causamos envidia entre los compañeros de trabajo. Esto es nadie te deja realmente trabajar, cuando lo haces, todo es tan fácil para el envidioso: que empiecen, lo quiero ver.

Tuve oportunidad de pasar a la Subdirección de Apoyo Técnico Pedagógico y Programas Complementarios, dentro de la Unidad de Consulta y Apoyo Documental la UCAD. Trabajé con la maestra Rita Noemí Gamboa Victoria, otra dama, tan gentil, tan amable y dulce, bien por mí.

Un proyecto de nueva creación, había que organizar centros documentales en cada una de las diferentes sedes: Inicial, Preescolar, Primaria, Secundaria, Educación Especial, Educación para Adultos. También teníamos los Viernes de Lectura.

Dentro del programa estaba impartir talleres de promoción lectora, de biblioteconomía, dar a conocer los acervos escolares. Esto era leer, leer y leer.

En julio y agosto para la recesión laboral, yo tenía listos mis libros para leer, pero en esta época llegan cajas de las editoriales para la selección anual. Rita los distribuía porque eran varias cajas. Había que leer y hacer un diagnóstico de por qué sí, por qué no. Los propios se rezagaban. Me traía a casa seis o siete para quince días de vacaciones, cuando regresaba no falta alguien que no entregaba porque estaba de comisión, segunda repartición, sin embargo, disfrutaba el trabajo así como las mesas de discusión. Rita y yo casi nos jubilamos al mismo tiempo, ella seis meses antes. Rita y Judith unas damas para tratar al personal. ¡Uf!, a veces no se puede pedir más a la vida

María Elena me invitó a una fiesta sorpresa de traje, en casa de Sonia Chaires, para el segundo domingo del mes de abril de 1991. Le dije que sí. El domingo tenía tanta flojera que pensé: “debo darme la oportunidad de asistir”. Cuando llegué a casa de Sonia, ya estaba atiborrada de personas, unos bailando, otros sentados platicando, hasta en la cocina había gente. Después de saludar y felicitar a la festejada tomé asiento en el único sillón vacío, que creo estaba vacío por incómodo, el resorte del centro estaba botado, no había otro lugar, me senté.

Al rato el caballero frente a mí, me miraba fijamente. Pensé: “¡Qué ojos tan grandes y tan tristes!”. Se levantó a la cocina. ¡Vaya!, ¡vaya!, aproveché para cambiarme de asiento, ahí había un poco de comodidad. Al lado sobre una mesa se encontraba un calendario de escritorio, lo tomé, empecé a mirar las fotografías, cuando el caballero a mi lado, que no era otro que Rafael Padilla me preguntó si me gustaban. Le respondí que sí pues eran de Manuel Álvarez Bravo. Platicamos de ellas, luego sobre ecología y Xochimilco. Al rato comenté que me retiraba por cuestiones de trabajo. Respondió: “yo también, en realidad no me gustan las fiestas y menos en domingo.”

Salimos juntos, al llegar a mi domicilio platicamos un rato más, quedamos en llamarnos a su regreso porque se iba a Mazatlán, Sin., a una convención sindical. Pero no pasó una hora cuando ya me estaba llamando desde su casa en la colonia Roma, platicamos un buen rato sobre todo y sobre nada.

A su regreso me invitó un café, otra vez tenía que salir de viaje, vino a mí casa el siguiente domingo, quedamos a las doce del día, pero a las diez de la mañana estaba tocando la puerta. Yo sin bañarme aún, tuvo que esperarme, nos fuimos a la Alameda de Santa María a caminar. Con él a mi lado nos encontramos a Silvia Niño paseando a su perro, ella era prima de mi cuñada chela. Cuando se lo presenté no sé por qué dijo: “Bueno como ustedes ya se van a casar”. Me quedé sin habla, desorientada y apenada. Él, no supo qué decir, hasta meses después de casados me comentó: “sabes, me gustaría volver a ver a tu amiga, la que dijo que nos íbamos a casar”. Platicó que en cuanto me vio dijo con ella me voy a casar. A los pocos días de salir dijo: “ya

está echado el volado”. Comentó había llegado temprano para verme tal como era, sin bañar, sin pintura, sin arreglar. Para asesinarlo.

Rafael era así, trazaba una línea recta hacia su meta, quizá por eso todo le salía bien. Era un hombre exitoso, decidido, seguro de sí mismo, lo complicado en él era su carisma, por lo mismo las mujeres creían que las enamoraba, se confundían con facilidad. Antes de casarnos ya era candidato a Asambleísta por el Distrito II Roma-Condesa, las mujeres pululaban a su alrededor. Un día me invitó a acompañarlo en la campaña pero ellas se amotinaban a su alrededor, mientras caminábamos me hicieron a un lado. Pensé: “yo qué hago aquí”, me retiré en silencio. Cuando llamó no hizo comentario alguno, ni se disculpó.

Para el cierre de campaña de Andrés Manuel López Obrador en julio de 2012, Rafael ya tenía seis años de fallecido. Quedé de ver a Rosalía Flores Mateos, quien me invitó a participar en la mesa de radio internet WWW radioamlo.org.mx. Había tanta gente que nunca nos encontramos pero al llegar a la esquina de Palma y Madero, ¡jaz!, que me encuentro a Sonia Chaires, como pudimos dimos vuelta, ella también había quedado de encontrarse con una amiga, pero igual. Sobre Madero encontramos un café, en una de las mesas de la entrada estaba ocupada por una dama mayor de cabello blanco, sola. Le pedimos permiso para sentarnos, respondió: “sí”. La dama era amiga de María Rojo. Platiqué que yo había sido alumna en tercer año de primaria de la maestra Águeda, madre de María. Comentó que ella la conoció porque era amiga de la familia.

Desde luego Sonia no pudo aguantar más, preguntó si yo había conocido al Rafa en su casa, respondí que sí y prosiguió:

--Rafa me anduvo rondando, pero yo con un borracho para nada. Así que soy tu hada madrina. Respondí:

--Dijo Gaby de la Vega que ella es mi hada madrina.

--No, porque fue en mi casa donde lo conociste.

--¡Ah, bueno!

Me quedé indiferente, la verdadera historia yo la conocía. Recordé cómo me hizo la guerra después de saber el interés de Rafael por mí. No olvido que en la inauguración de una exposición de arte que organizó Gaby de la Vega, en las Lomas de Chapultepec en una de las casas de la pintora Nora Beteta, para

apoyar la campaña del Distrito II, mientras Rafael me pedía que me casara con él, Sonia no cejaba en buscar la oportunidad de insistir tras de él.

Encontré al pintor Felipe Eremberg, invitado por Gaby para que fungiera como juez en la subasta, a quien yo había entrevistado para la revista Galería, anduvimos juntos, no di mayor importancia.

Sonia le propuso regresarlo a la colonia Roma, pero lo condicionó a que me dejara ahí, ese era el trato ya que el auto de Rafael no circulaba ese día, es algo que me contó de regreso, cuando uno de sus amigos nos trajo para que lo recogiera, pues ya pasaba de la media noche. No necesité comentar nada más. La amiga de María sólo nos veía a las dos.

“Me encontraba sentado cerca de la puerta de entrada en casa de Sonia Chaires, vi entrar a Esther, nada más vi su figura esbelta cruzar la entrada pensé: *“con esta mujer me voy a casar”*.”

“Me gustó su seriedad. Después de saludar, dar un abrazo a la anfitriona, se sentó frente a mí sin mirar a nadie en particular. Así pude observarla hasta lograr que clavara su mirada en la mía. Es morena, a mí las morenas me gustan. Morena, de cabello y ojos negros, boca de labios carnosos. Miraba todo sin ver nada en especial, en el fondo de sus ojos había una profundidad poco común.

“La suerte vino en mi auxilio, fui a la cocina a servirme un trago, al regreso estaba sentada en mi lugar observando un calendario con fotografías en blanco y negro de Tina Modotti. En ese momento el que estaba a su lado se levantó, tomé su lugar. Con naturalidad comenté si le gustaban las fotografías, dijo que sí. Empezamos a comentar sobre fotografía, le dije que yo preparaba una excursión para hacer un curso de fotografía en blanco y negro. Manifestó interés en asistir, agregó: “me puedo adherir a él.” Le respondí que sí, me facilitó nombre y teléfono. Por supuesto que nunca realicé el taller.

“Esther platicó que al día siguiente iría muy temprano a Xochimilco. Me llamó la atención, le pregunté qué hacía: respondió: “soy periodista, trabajo para la revista “Los petroleros”. Mi sección es sobre ecología”. En ese momento había gran escándalo por la construcción de una Unidad Habitacional, debía hacer un reportaje sobre Xochimilco. Le platicué que yo salía en avión rumbo a Mazatlán, Sinaloa, a una junta sindical, tendría que irme. Nos despedimos de la anfitriona cada uno por su lado. Salimos juntos rumbo a su casa, a una cuadra de la parada del metro San Cosme.

“Me despedí con un beso en la mejilla. Aunque ni tardo ni perezoso, en cuanto llegué a mi casa le llamé por teléfono.”

La indeseable

“Para mi cumple, María Elena me propuso una fiesta sorpresa y así tendría la oportunidad de invitar al Rafa, haciendo como si yo no supiera nada. Luego, luego le dije que sí, me pareció era la oportunidad de invitarlo; era el soltero más codiciado del grupo que habíamos formado en lo que se resolvería El Partido de la Revolución Democrática.

“Desde que lo conocí en las juntas de organización, la verdad me encantó aquel hombre seductor de buen discurso, sobre todo enigmático que se me escabullía cada vez que lo invitaba a mi casa o en su casa, la verdad ¡qué ojos, qué pestañas tan tupidas y grandes y qué boca tan apetitosa!, lo único que desarmoniza es su nariz, pero no todo es perfecto, así me gusta. Y como a mí no hay hombre que se me resista ¡éste, me dije, no se escapa vivo!

“Así que María Elena se encargó de hacer la pantomima de invitarlo y cuando lo vi llegar con un ramo de rosas rojas entre las manos, entre risa y risa pensé: ¡ya la hice!

“¿Qué problema? No baila nada, pero yo sí, me dije. Bailé y bailé frente a su cara, moviendo mi cadera cadenciosamente, pues traía puesto un pantalón vaquero ajustado con una blusa blanca suelta transparente que hacía resaltar mis atributos femeninos. Faltaba más si soy bailarina de profesión.

“Baile que te baile, no supe en qué momento llegó Esther, no se midió la cabrona, ni cuenta me di a qué hora se sentó al lado del Rafa, pero sí me di cuenta en qué momento se fueron juntos.

“¡Qué poca madre de esta desgraciada! Lo conoció en mi casa y ya se están casando y no han pasado ni seis meses que se conocieron. Me gustaría saber ¿qué hizo esta cabrona para atraparlo? “

Su vida se inició en 1968, en la Plaza de las Tres Culturas, o quizá en 53, cuando la “matanza de los pollinos” por órdenes del licenciado Efraín Aranda Osorio, Gobernador del Estado de Chiapas.

Rafael a los siete años de edad, presencié la matanza de indígenas a bayoneta calada en la plaza principal de la ciudad de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. En esa época el licenciado Díaz Ordaz era secretario de Gobernación. ¡Vaya coincidencia!, me dije, cuando lo reafirmó doña Elena –su madre. Este hecho lo impresionó de tal manera que marcó su vida para siempre y lo volvió un rebelde con causa.

Después del 68 fue a parar a la cárcel. El cargo: robo. El de una grabadora de mano. Cuando le avisaron a su padre que estaba detenido; como en ese momento el ingeniero era Subsecretario de la Secretaría de Agricultura, lo único que dijo: “ya sabía que era un delincuente”, después supo Rafael, por la tía Lupe, hermana de su padre, que el ingeniero había dado el dinero para su libertad.

Posteriormente se unió a la *Liga 23 de Septiembre*, donde permaneció poco tiempo, decía: “soy sordo. Y un sordo no puede andar en la guerrilla”. Contaba que casi lo matan por desertor. Caminó sin voltear atrás, sólo escuchó un balazo a su espalda en señal de advertencia.

Estudió periodismo y luego psicología, con esta última actividad desarrolló su taller *Para el manejo de la Soledad*. Lo novedoso del taller, despertó el interés de Cristina Pacheco quien lo entrevistó para el programa *Aquí nos tocó vivir*. Programa que pasó por Canal 11 dos o tres veces durante el año de 1997. Después creó *Travesía* sobre auto-estima donde luchó para elevar la autoestima sobre todo de la mujer, para conocer y luchar por sus derechos.

Hurgando en sus cosas, encontré una fotografía cuando recibió el segundo lugar como orador por el estado de Chiapas. Rafael platicaba que después de salir de la cárcel: se fue en forma clandestina a la ciudad de Tuxtla Gutiérrez donde concursó. Al finalizar le dijeron las autoridades que: “si me desdecía de lo expresado sobre el Gobierno me daban el primer lugar.” No lo hizo. Se quedó con el segundo lugar y con el premio regresó a México en

avión. En el reverso de la misma foto dice: “jamás, jamás volveré a participar en eventos como éste, porque mientras yo hablo de cultura, el pueblo se muere de hambre”.

En su trabajo periodístico también se reflejó su lucha. Cubrió como corresponsal, la guerrilla nicaragüense y la famosa Asamblea de Marcos en la Selva Lacandona. Al regreso de la selva, platicaba yo con Francisco Muñoz, presidente de nuestra asociación de colaboradores de prensa y miembro del STUNAM, que Rafael me comentó que regaló su comida a los indígenas y Francisco respondió: “no sólo regaló su comida a los indígenas, sino la de todo el grupo.” Los miré en silencio y pensé: menos mal, todos son delgados y... más o menos bien comidos, por tres días no se iban a morir de hambre.

Rafael desde niño amó las letras. Muy cercano a su abuelo Abel Yáñez Liévano, aprendió las artes gráficas y la fotografía. Desde pequeño lo ayudaba a poner los tipos para diversos impresos, era algo que disfrutaba mucho. Él concurría con regularidad a la biblioteca por libros de astronomía para su abuelo y para él novelas o El capital. La bibliotecaria aún pregunta por él.

El abuelo Abel, le enseñó a mirar el cielo, también les contaba cuentos de espantos por las noches, luego los mandaba al traspatio para que trajeran algún objeto olvidado, ya sea a él o a su hermano Alejandro, iban temblando; mientras la abuela Reinalda preparaba para sus cumpleaños “manjar”, un dulce a base de leche que le gustaba mucho y lo reencontró en la cocina de mi madre, sólo que en Oaxaca se llama lechecilla, igual le gustaban los chilaquiles. Un día me dijo: “Monina, ya casi te salen igual a los de bolita”.

En el Orfeo Catalá de México, convivimos con el grupo de escritores y con ellos departimos el vino, la paella y el brazo gitano, entre charlas y discusiones sobre el amor, tema recurrente en el grupo. Nuestros cuetos también se dieron cita en las antologías del Grupo de Escritores Tiran lo Blanc y aquí estamos con el del “Verano”.

En su cama de hospital, comentó sonriente mientras comía un plátano y se acercaba a darme el último beso... dijo: “este es el plátano más delicioso de mi vida, continuó, por la noche me quedo viendo las ventanas del edificio de

enfrente, me gusta verlo con las luces encendidas”. Clavó la vista en la iglesia y expresó: “Mira la iglesia, qué manera de construir la de nuestros antepasados, ¡no te parece!”

El día que partió Rafael, desde el tercer piso de la Clínica 27 del IMSS, se observaba un cielo azul intenso, al frente el edificio Chihuahua. Él lo miraba detenidamente, mientras yo recapacitaba: ¡La Plaza de las tres Culturas, el 68! ¡Qué manera la de cerrar una vida de guerrillero!

Alebrijes II

I

Me encontraba en una habitación desconocida, mirando alrededor estantes donde había libros desordenados. Estaba sola, pero sabía que alguien que no era Rafael estaba a mi lado. Como que había sido una fiesta de bienvenida para mí. Él había salido a despedir a los invitados. Pensé no está tan mal después de todo.

Desperté sobresaltada. Sorprendida pensé: ¿será que me voy a divorciar?

II

Atrás de la ventana pensé ¿qué voy a hacer en esta casa de una sola pieza con una sola cama?, ¡sí somos tres! Una reja sin cortina me separaba de la calle. Pensé: tengo que poner cortina, la gente va a ver a Rafael; luego vi a mi madre afuera sentada en la rejilla de un jardín, muy floreado y reverdecido.

Salí, y le dije:

--Mami, ¿cómo pudiste salir?

--Sola. Sí yo puedo.

Si, se veía bien, sentada ahí, más rejuvenecida.

Un mes después, llegué a la ciudad de Oaxaca con los restos de mi mami en las manos, hospedada en casa de mi prima Lolis, como siempre. Tiene un jardín interno, en la pared un cuadro colonial de la virgen. Comentó: “primita aquí puse un lugar para recibir a tía bola”. Colocamos los restos y prendimos veladoras. “Hice unos cambios, tu recámara está aquí, al lado”. Me señaló la biblioteca. Pasé, al entrar me quedé sin aire: la habitación tenía una sola cama, una reja la separaba de la biblioteca, sólo había que correr la cortina para quedar independiente. Sentí mariposas en el estómago, sólo atiné a pensar: “mi sueño”.

III

A mi suegro dejé de verlo por años, entre él y Rafael hubo un problema. Rafael dejó de ir a casa del ingeniero que tenía un carácter difícil. Un día Lupe, su prima, hija de la hermana de mi suegro del mismo nombre, a quien Rafael

quería mucho, le avisó que el ingeniero estaba muy enfermo. Fue, se reconciliaron. Ya en el Hospital Mossel, hoy ABC creo. Mi suegro estuvo en el octavo piso, en un cuarto cerca de un ventanal desde ahí se observa el sur de la ciudad. Me gustaba parame a verla por la noche, se ve tan hermosa llena de luces.

El primer día me acerqué a saludarlo. Lo miré, vi el rostro de mi abuelo. Sentí ternura y tuve un enorme deseo de besar su frente como solía hacerlo con mi abuelo. Me reprimí, le sonreí, pasé mis manos sobre las suyas. Días después, quedé a solas con él, pasé una vez más mis manos por su frente, me acerqué a besarlo. “Me miró directo a la vista, dijo: “me besas porque soy un vejete”. “De ninguna manera”, acerté a responder. Tampoco le podía decir que tenía el rostro de mi abuelo.

Caímos en pláticas filosóficas a su manera. Era un hombre tan poco creyente, frío, escéptico. Pero le gustaron mis respuestas. Lupe dijo una vez: “a mi tío le gusta Esther”. Murió. En la funeraria me acerqué a despedirme. Su rostro nada que ver con el de mi abuelo. Pensé ¿por qué vi en este rostro el de mi abuelo?

IV

El camino era entre gris y sepia, terroso, seco, largo, muy largo, tan largo que se redujo hacia el final. Rafael caminaba recto por ese camino, encorvado con la cabeza baja, barbudo. El saco oscuro le quedaba guango, caminaba triste, muy triste.

Supe que Rafael iba a morir. Sin razonar le dije a Tania, su hija: “prepárate hija, tu papá se nos va”. Quizá creyó, era mentira cuando lo vimos rejuvenecido, bañado, limpio, afeitado. Se veía radiante, lúcido de pensamiento, leyendo el periódico. Pensé que me lo entregarían. Me sentí mal por haber hablado de más. Recuerdo, decía: “Monina no se vayan”. Respondí: “Tania no ha descansado. El niño se le está bajando demasiado. Beto viene por ella. No he dormido, mañana trabajo, vengo por la tarde, antes voy por tu aparato auditivo. Descansa, no te pares por favor.” Nada más llegar a casa, Tania se fue. Me cambié, puse la cabeza en la almohada, me quedé dormida. No pasaron diez minutos cuando llamaron de la Clínica 27, Rafael había fallecido a las once de la noche del 6 de julio, unos siete meses después de fallecido su papa.

V

Rafael y yo nos cambiamos de casa. Desayunábamos en un comedor grande como para doce personas. Al frente un gran ventanal sin cortinas daba a un gran jardín bien planeado lleno de flores de colores, árboles y mucho pasto. Risas y juegos de niños afuera. Me pregunté por qué Rafael había querido cambiarse de casa a una tan grande y con niños, si a él no le gustan los niños pensé, y luego compartirla con otras familias.

En el funeral Rafael tuvo tantas pero tantas flores de colores como los cuadros de las santas coronadas. Cuando el esposo de Pastora, mi amiga, preguntó dónde lo estaban velando. El guardia dijo: “no hay pierde, donde hay muchas flores de colores, es raro que a un hombre le traigan tantas flores de colores.”

En el panteón Inglés, mientras se cremaban sus restos, Dalila, mi concuña y yo caminábamos por un sendero hasta la sala de espera. Una sala con ventanales por paredes que daban al jardín a la usanza inglesa. Afuera sus nietos gritaban y jugaban. Miré hacia fuera, una vez más: “mi sueño”.

VI

Un niño moreno de ojos grandes y rostro perfilado, asomaba por una de las ventanas de un condominio que daba a un jardín, mirándome fijamente llegar. Era un día muy soleado. Había mucha luz y calor.

Siete meses después del deceso de Rafael, me llamó Sergio, el cuñis desde Querétaro. Mi suegra había fallecido en la ciudad de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. Pasaría por la tarde a recogerme para viajar de noche. Fui con ellos, Dalila, Sergio y Darío su hijo. Un error médico. Un médico torpe, le dijo que era pre-diabética, no le explicaron en qué consistía. Ella, hipocondriaca, se dio por diabética e hizo una estricta dieta de diabético. Luego le suministraron un medicamento plus para diabético. Le bajó tanto el azúcar que murió en un santiamén.

Nos dirigimos al panteón para la cremación. Había un piso con cuadros simétricos donde crecía pasto. Al frente la administración. A la derecha una pared donde están los nichos. Miré los nichos, recordé el rostro que había soñado, no era otro que el de Rafael niño. Tragué saliva. “Mi alebrije”.

VII

El endocrinólogo me mandó al servicio de psiquiatría del ISSSTE, pues insistía que lo mío era estrés acumulado. Visité al psiquiatra Javier Zambrano Ramos unas tres veces, según él debía seguir como estaba con mi psicóloga y medicamento naturista, no necesitaba más. Le platiqué que a veces yo decía cosas involuntariamente que después sucedían. Me preguntó si me daba miedo. Respondí que no. Dijo: “los hipertiroideos, son seres con un pensamiento muy rápido.” Cierto yo aprendo rápido, muy rápido, a veces con sólo mirar basta.

Ante el espejo veo una mujer grotesca, otras veces la veo guapa. Esto a partir del problema de hipertiroidismo que padezco desde el mes de julio del 2000, colindando con el nuevo siglo salí con esta disfunción, que se reflejó al principio en la hinchazón del rostro. Ojos rojos como la grana.

Veía el rostro hinchado, los ojos llorosos, el cuerpo muy delgado. Recuerdo que al abrir la puerta mi hermana Tere dijo: “pero, ¡qué flaca y fea estás! Así era cuando me veía en el espejo. Sin embargo, me sentía físicamente bien. También recuerdo a Rosa Aurora, la maestra de yoga, cuando apuntó: “Esther ¿qué es lo que no quieres ver?”

Se me cayó el cabello, se alació, los ojos rojos e hinchados y una papada enorme. No dormía, el mínimo ruido me hacía brincar al techo por nada; hasta que un día Rafael me entregó un papel con dos nombres y teléfonos, al tiempo que comentaba: “monina, no puedes seguir así, tienes que ir a la psicóloga, escoge con quién asistir. Me da miedo irme a acostar y despertarte por la forma en que brincas asustada.”

Los días pasaban de doctor en doctor sacándome toda clase de análisis, unos particulares, otros en el ISSSTE, era como si no atinaran. Hasta que mi prima Lolis, farmacéutica de profesión y dueña de farmacias en la ciudad de Oaxaca, sugirió un perfil tiroideo, esto dio un giro favorable .El destino. Pregunté al médico internista que visitaba a mi madre, que conocía decidió a ambas psicólogas, quien de la lista proporcionada por Rafael me convenía, debido a que también conocía el problema emocional por el que atravesaba: señaló a Beatriz Flores, tanatología.

Al principio, Beatriz se concretaba a escucharme y extenderme clínex tras clínex, además de dejarme como tarea escribir: sueños, pensamientos, recuerdos.

Gracias a Dios en la garganta no hubo nódulos, no hubo necesidad de operación. Tanto mi sobrino Carlitos, cardiólogo como el Director del Centro Médico del Seguro Social, al que vi en forma particular, lo sugirieron; pero mi hermana Tina, médica general, especializada en medicina naturista señaló: “por favor, no permitas que te operen”. Sin embargo, si hubo necesidad de la aplicación de un centímetro cúbico de yodo nuclear, con él mi tiroides se redujo, pero yo engordé. Algo que hoy tengo que cuidar sobre manera.

En esa época, me di a la tarea de leer todo lo relacionado con el hipertiroidismo. Con esta disfunción, si te descuidas te mueres. Hoy me doy de Santos por tomar sólo 75 miligramos de Levo tiroxina sódica; y media pastilla de Enalapril por la mañana, la hipertensión se ha normalizado y mi tiroides está controlada. Aunque aún me falta llegar al peso ideal con relación al uno cincuenta y seis de estatura.

Así he pasado gran parte del tiempo: entre la medicina alópata, la homeópata y la naturista, el yoga, los libros, la escritura, los recuerdos de antesala para las tareas de Beatriz.

El día amanece gris. Gris desde que se pone el día. Gris desde la mañana al anochecer, húmedo con una cortina gris de chipi chipi que dura todo el tiempo. En la calle, la gente se desvanece entre sombras, con la cabeza mirando al piso para no mojar el rostro. El frío los acoge en la intimidad de sus cuerpos.

En particular me gustan los días grises, me obligan a levantar el rostro, de frente a la intemperie; pero igual me recojo. No a toda la gente le gustan estos días, los pone tristes. Se me antoja sentarme a tomar café en algún restaurante con paredes de cristal. Observar cómo se humedece la tierra, ver el movimiento de las hojas cuando se bañan con el rocío del chipi, chipi se abrillantan las cosas. Ver las luces de los autos reflejadas en el piso de asfalto, sentir la tibieza del café cuando pasa por la garganta. Disfrutar ese sabor amargoso que deja en el paladar.

En la calle la gente tiene prisa, prisa por llegar a donde sea, no se detiene a observar su alrededor, se tropiezan unos con otros, a veces ni un “perdone usted”. En el parque los jóvenes patear la pelota. Como si la vida se iniciara y terminara al mismo tiempo.

Así empezó la mañana, la lluvia pringa continuamente. El tiempo se va como todo en el Siglo XXI: rápido levántate, rápido el baño, rápido vístete y arréglate, rápido el jugo y la fruta, el café en la oficina, hay que salir puntual o te deja el transporte o te deja porque en días así todo se retrasa. Los automovilistas van más lento para no patinar, igual que el metro se retrasa. Así la línea dos que viene por fuera. Este día no es mejor: ocho, ocho diez, ocho quince, ocho veinte... Sólo espero que a la jefa le haya ido igual que a mí. Es posible que sólo Tere Hidalgo llegue temprano, pero igual que yo, llegó tarde, firmó a nuestra hora.

¡Uff! ¡Qué día!... El único que llegó puntual en este día gris fue el trabajo. Llegó como si nada, sólo que más gordo que otros.

Me remuevo en esta silla incómoda, me sirvo café pero está frío, lo tomo igual en vez de un vaso con agua, lo tomo por respeto para quien lo preparó.

--Eszter, tienes una llamada. (Digo Eszter, para cambiar mi nombre hoy no quiero ser yo.)

--Si, aquí la tomo.

Sirve para enderezar la espalda y respirar aire fresco.

¡Vaya regreso de vacaciones! Si es que a esto se le puede llamar regreso de vacaciones: pagar los días que me otorgaron por la hospitalización y ausencia inesperada de Rafael.

Mañana inicio a las 8.00, hasta las quince horas o sea más del tiempo de mi horario, ese fue el acuerdo: pagar el tiempo. En estas fechas se acumula el trabajo. En vez de sentarme en cualquier cafetería a leer o escribir. Me gustaría permanecer en el audiorama en Chapultepec a escuchar música, mirar lo verde, sin ver nada especial.

En vez de eso ¡zas!, a sentarme en esta silla gris del sindicato, uno y otro día y otro más de los mentados cinco días a que tengo derecho por el deceso de Rafael, no puedo descansar hasta que tenga el oficio en la mano o me descuentan los cinco días.

Llego a mi casa, me siento a descansar la espalda. Riiing, riiing, el teléfono. Voy a contestar. Una voz de hombre dice: “maestra, solicitan su acta de matrimonio. ¿La tiene? Pienso: ¡y por qué no habría de tenerla! Si, respondo, mañana se la llevo.

Un día menos de descanso, porque tengo que salir temprano. No he tenido ni siquiera una levantadita tarde. Todos los días por una y otra causa me he tenido que levantar temprano o más temprano todavía.

Mejor regreso a trabajar, ¿por qué este día gris no termina?, me pregunto: ¿cuánto más durará este día gris?... Me recuerda la novela de Silvia Molina “El día tenía que ser gris”, pero me gustan los días así, pero en este no se desvanecen las personas, ni los objetos, no es como esos días que tanto me gusta disfrutar, se me hacen intimistas para hacer cosas: escribir, leer, bordar, pensar simplemente, tomar café, escuchar música en la cafetería de Bellas Artes, por ejemplo. No, tengo que esperar en esta silla gris, junto a personas grises, con cerebros grises.

dentro del cuerpo habita el alma.
Nadie la ha visto nunca
pero todos saben que existe.
Y no sólo saben que existe,
saben también lo que hay en su interior.
Mijal Sunit

El pájaro del alma, es un libro de Mijal Snunit, escritor israelita, increíblemente bello con tantos cajones como emociones tiene el hombre, incluyendo el del odio y el de la envidia, la amistad y el amor.

Realmente supe lo valioso de las amistades y el compañerismo a la muerte de mi madre, en especial con la de Rafael. El apoyo recibido era tan valioso, desde mis dos jefas rubias, una de ojos azul verdoso, la otra, castaños, ambas con el alma dulce y comprensiva.

A la llega de Judith Leyra al CIDEP apenas tenía unas dos horas de hacerse cargo de la dirección cuando llamaron de mi casa para informarme que mi mamá si no se había caído, ya no pudo sentarse, ni recostarse. La cuidadora la tuvo que dejar resbalar hasta el suelo, afortunadamente la habitación estaba alfombrada, la recostó, le puso un cojín en la cabeza y la tapó. Le pedí que saliera a buscar a algún vecino para que la ayudara a levantarla. Judith, sin que se lo pidiera, dijo: “vete Esther, las madres son primero”. Me fui. Es algo que jamás olvidaré.

Qué decir de amistades como Fernanda Illescas, una vez se cayó Boli. Se resbaló con pintura de aceite amarillo en la avenida San Cosme y Torres Bodet, cuando le dije a Fer que mi mamá estaba con puntadas en la cabeza, pero que no le habían limpiado el cráneo y quitado la pintura en el Sanatorio Durango donde la llevaron. Se dejó venir. Limpió el cabello, quitando la pintura con algodones exprimidos de aguarrás, con toda precaución para no infectarle las puntadas.

Minerva Rentería siempre ponía atento su oído para escuchar mis cuentos. Recuerdo el primer seminario literario con Felipe San José, teníamos un compañero poeta, muy florido. En la segunda clase, San José dejó como tarea definir la palabra literatura con nuestras propias palabras. Mi tarea contenía seis renglones, Edwin Lugo, que me antecedía, traía como diez o

doce cuartillas. Me sentí tan apenada. Cuando tocó mi turno después de él, dije no la traje. Felipe San José manifestó: “aquí se viene con la tarea hecha.” Minerva, me miró cuestionadora, no es cierto, dame lo que escribiste. Se lo di y manifestó: “Teté esto está bien, por qué no lo leíste”. Otro día me dijo: “Si yo tuviera tu tenacidad, yo estaría en otro sitio.”

Qué decir de la Familia Cuevas, completa, ni uno más, ni uno menos, bueno Enrique no cuenta, se cuece aparte, pero de ellos una y otra vez he recibido su apoyo, no sólo a mí, a cuantos se les acercan en la vida. Son gente muy humana del sureste de México, de un pueblo de la frontera con Guatemala, Ciudad Hidalgo, Chiapas o Suchiate, sitio pequeño. Héctor el esposo de Maye siempre ha estado en las malas acompañando a su esposa.

Después de la muerte de Rafael, en un taller donde compartía con compañeras de Preescolar, del Sector Cuauhtémoc II entre ella Tere López Pascual, conocí el contenido del *Pájaro del Alma*, cuando me tocó hablar, dije: “Ahora que murió mi esposo, yo descubrí el cajón de la amistad y el del compañerismo, pues todas ustedes me han apoyado moralmente, no me han dejado sola en este trance. Gracias”

Así podría decir de todas mis amigas, Sara Estrada y su hija Norma están pendientes, dicen que mi mamá me encargó con ellas. Sara Ponce recién la conocí estuvo cuando me operaron de los ojos, vino a cocinar para ocho días, dejó la comida en diferentes topers para que sólo la calentara en el microondas, dijo: lunes, martes en fin.

Mary Paz, que le pedía a la señora María Luisa, recomendada por ella, que cuidara a doña Aurora mientras me llevaba al cine los sábados a las doce del día porque opinaba: “sí no esta mujer no va a aguantar tanta presión.”

Margarita Ramírez Mandujano, me sacaba todos los viernes o sábados, para que no estuviera sola, igual mis compañeras del grupo de escritoras del Tirano lo Blanc, a todas y todos gracias.

Empecé a colaborar en la revista *Galería*, -revista especializada en artes plásticas- al mismo tiempo que estudiaba periodismo. Oportunidad que tuve de ir adelante de las clases o adquirir mayor experiencia. Pedí al maestro Alfredo Páramo que me explicara cómo hacía un reportaje. Preguntó para qué quería la información, le expliqué, me orientó. Cuando llegábamos al reportaje, ya lo había practicado. La experiencia me llevó a alcanzar el promedio más alto de la generación.

El periodismo me costó trabajo porque ya escribía cuento, relato cuya estructura es distinta a la del periodismo, no entendía, no podía. Mis compañeros me decían: “tú escribes diferente a nosotros”, si creo que al revés, mientras una nota empieza con lo fuerte, lo macizo, lo preciso, el cuento sube de tono hasta tensar una cuerda y luego afloja para amarrar el final.

Esto era correr del Zócalo capitalino donde estaba ubicada ANDSA, a casa en la Santa María la Ribera, comer, regresar a Lázaro Cárdenas donde estaba la oficina de Hugo Covantes y de Flores Antúnez, al diez para las seis de la tarde bajaba, atravesaba la Alameda Central corriendo y llegaba a la escuela de periodismo, que se encuentra frente al periódico *La Prensa*, a las dieciocho horas en punto. De esta manera logré mis propósitos. A la vez que salí de la carrera de periodismo, se publicó el libro *El grabado mexicano en el Siglo XX*.

Tuve suerte de entrevistar a pintores como Alfredo Zalce en Morelia, Chávez Morado, en Guanajuato; Guillermo Meza, al propio Hugo Covantes, José Luis Cuevas en el Museo del mismo nombre, Raúl Anguiano, Luis Nishizawa, Vlady a mujeres como Fany Rabel, Eliana Menasse, Gaby de la Vega, Laura Elenes, Lucille Wong, Leticia Ocharán, directoras de museos: Leonor Cortina, Silvia Pandolfi, La crítica de arte Berta Tarasena.. Entrevistas publicadas en: *Yacimiento, Visual, Galería, Arte y Artistas, Imagen, Época, Nosotros los Petroleros, 7 Cambio, suplemento Acento de La Voz de Michoacán* y en *Excelsior*. Hice crítica en “*Huellas entre Milenios*” y en “*De frente al milenio*”.

Raúl Vilchis Huitrón fue toda una experiencia, lo entrevisté al mismo tiempo que pintaba mi retrato, dicho cuadro formó parte de la exposición “El hacedor de azules”. Me observó, lo observé. Me pintó, le pregunté. La entrevista se publicó en el catálogo para su exposición y en el periódico

Excélsior; el cuadro se expuso en el Correo Central de la Ciudad de México en 1998.

A la par que escribía entrevistas y reportajes, escribía cuentos que se empezaron publicar en la *Revista El Cuento*, *El bailetín* de la Escuela Nacional de Danza, *Asimov* ciencia-ficción, y en cuatro antologías de cuentos de la Asociación de Escritores “Tirant lo Blanc”, del Orfeo Catalá de México: Arco Iris; Las Cuatro Estaciones del año, Los Elementos de la Tierra y en septiembre de 2010 Independencia y Revolución, y Los cinco sentidos, o sea 22 antologías en diez años.

Mis temas y personajes literarios, tal vez por mi formación periodística, se refieren esencialmente a la ciudad de México, a sus calles, a sus habitantes contemporáneos o históricos como defena que soy, aunque con raíces oaxaqueñas donde pasé algún tiempo de pequeña, por lo que tengo alguno que otro recuerdo sobre la ciudad Oaxaca.

Espero la segunda sesión del curso de maestros al museo. Ayer no llegué a la inauguración, tuve que presentarme al ISSSTE para continuar los trámites de la jubilación en el tercer piso de Reforma 18, me citaron para entregarme el certificado jubilatorio. Por fin la credencial.

Sin embargo, el trámite fue bajar, subir, hacer colas entre las oficinas de Reforma 18 y las de La Fragua 16, por equivocación tenía un resolutive de pensión de un marido inexistente, la clave tenía un candado. Debía ir al otro edificio. Según el joven que me atendía la institución se había equivocado. Y yo mostrando los originales correctos, el joven haciéndose el indiferente. Debía ir a que quitaran la clave. Esto debía ser rápido. Voy a la oficina indicada por el joven, intento preguntar, a la cola por preguntona.

Cuando me toca turno, explico a qué voy. Me mandan con la jefa que era la única que no tenía a nadie esperando, pero si tenía la clave, en un santiamén estaba fuera, si no era el final, si la resolución jubilatoria.

Regreso a La Fragua, cola otra vez, ocho personas antes que yo. Cuando salí era la una de la tarde, el curso en el Museo de Arte Moderno terminaba a las dos. Regresé a mi casa a descansar mis pies juntitos, pensando que no hay nada más cansado que hacer trámites burocráticos, aunque se lleve un libro interesante, lees pero no disfrutas la lectura.

Llegué hoy martes antes de las diez de la mañana al MAM, me indicaron que pasara al salón de proyección, todo estaba dispuesto. Tere Hidalgo es una buenaza como organizadora, desde que la conozco es así.

¡Qué envidia trabajar aquí!, digo. Tomo asiento al lado del ventanal. El día gris, quieto, tranquilo, el árbol humedecido por la lluvia matutina. Quedo pensativa: siempre he razonado que para iniciar un proyecto debo cerrar el círculo como lo sugiere Paulo Coelho en “Cerrando Círculos”.

Estos ocho meses han sido benéficos, cerca de cuarenta años de trabajo cotidiano. Hoy trabajo pero lo hago en lo que me gusta como promotora de lectura. Los cursos en el MAM; el taller de autobiografía en la Biblioteca Vasconcelos; el curso-taller de Abuelos Lectores en el Chopo que cerrará en agosto; el trabajo de escritora en la Asociación de Escritores Tirant lo Blanc que llega a los diez años de trabajo ininterrumpido de producción, ya brincamos el charco, con la publicación del trabajo del grupo de Barcelona. Hemos

alcanzado 22 antologías bajo el amparo del Orfeo Catalá en México. Mmmm mi proyecto de vida iniciada con Beatriz Flores, va.

Suena el celular, salgo al pasillo, Rubén al teléfono anunciando su llegada por la tarde, razono que ha estado a mi lado con su presencia continua por cinco años. Quedo en verlo, regreso a continuar mi reflexión.

Miro sin ver a través del cristal, ¿qué veo?, una ardilla trepa al árbol y otra más. Me quedo observando en solitario el día lluvioso del mes de julio, día gris en Chapultepec como cuando venía a columpiarme con mis hermanas. El olor a café invade el ambiente.

El lugar está lleno de nostalgia. No llegué ayer, hoy iniciará más tarde. Mi recuerdo se clarifica este julio de 2012, cierre de campaña, día gris con chipi-chipi, ante el Castillo de Chapultepec, las ardillas trepan a los árboles, el piso humedecido brillantado, yo atrás del ventanal soñadora, dispuesta a una sesión de arte en un día gris y una taza de café humeante esperando...

FAMILIOGRAMA

